

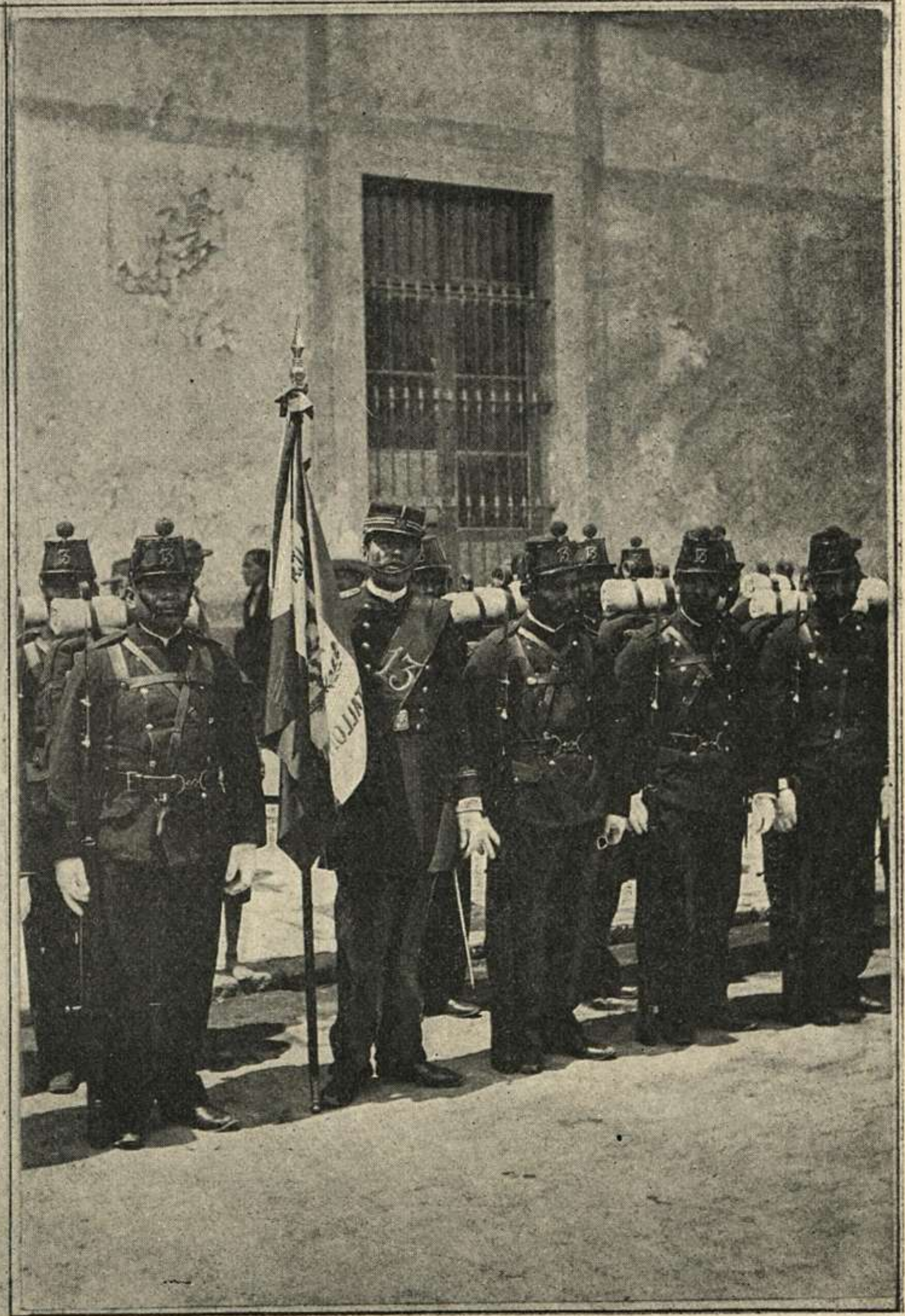
EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 7 de Mayo de 1899.

Número 19

Festividad del 5 de Mayo.



CUERPO DE RURALES.

EL SR. GRAL. FRANCISCO VELEZ, COMANDANTE MILITAR
Y JEFE DEL CUERPO DE EJERCITO ACCIDENTAL.

EL 13 BATALLON.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El aire, como pillín de barrio, gusta mucho de jugar con la tierra. Hace cosas inauditas con la basura de las calles: equilibrios, juegos de salón, contorsiones y saltos imposibles. Y, á todo correr, riendo y silbando por rendijas y rejas, levanta el polvo con su soplo travieso, y lo arremolina en largos embudos grises y giratorios, ó lo pliega y despliega por el espacio á modo de flámulas inquietas y banderolas ondeantes, ó lo enrolla en aros pirotécnicos que voltejean hasta deshacerse en la atmósfera, ó lo avienta, en fin, á puñadas locas, sin ton ni son, á esta ventana, á aquella maceta, á la cortina de aquellos balcones, al huevo, de cristal cuajado, de la luz eléctrica, y más alto, al tejido de alambres donde se pasan la vida, haciendo sus ejercicios gimnásticos, golondrinas y gorriónes.

En estas calientes tardes de Abril y Mayo, es de ver, cómo á pleno sol, fabrica el viento, en el azulado del aire, sus efímeras y transparentes gobelinos, sus cortinajes color de perla, sus telas diáfanas, franjeadas de luz, sus humaredas llenas de chispas y fulgores, sus remotos vahos y neblinas, sus gasas flotantes que envuelven las lejanías, los últimos términos, los horizontes, en una indecisión de ensueño. Pero el aire, muchacho maldadoso, no finge todas estas decoraciones teatrales por el simple gusto de recrearse con ellas y de ser admirado de las gentes. Es alegre, parlanchín, y gracioso; pero es también grosero y mal intencionado, y astuto.

Va por esas calles, muy paso á paso, abanicando los rostros sudorosos, besando mejillas, rizando plumas, arrebatando, aquí y allá, de los jardines públicos, de este árbol, de la otra planta, una fragancia que diluir; soplando, soplando, sin fuerza, sin estrépito, para que el pedazo de papel vuele y finja una mariposa blanca, ó la brizna de yerba, brinque sobre el agua aceitosa del charco, como un insecto, y salten, y rueden ó se arrastren por el suelo, una hilacha roja como el ala de un colibrí, una colilla de cigarro no apagada aún como una luciérnaga herida, una hoja seca como un escarabajo, un corcho de botella, como un carro de combate en miniatura, un pedazo de vidrio, una cinta, la cáscara de una fruta mondada, todo ese ejército minúsculo de las cosas inútiles que el aire mueve á su antojo y pone en marcha caprichosa.

¡Oh, qué buenas y delicadas caricias que nos hace! Le sonreímos; no nos quejamos de él, se nos olvidan por largos ratos sus malas pasadas y sus inconsecuencias. Mirad que manso está!

No juéga con las veletas, ni con los rebiletos de los tubos ventiladores, ni siquiera se pone á sacudir, como mozo mal humorado, las banderas. Sólo muy arriba, muy arriba, sobre aquel cerro violeta, se distingue que está escardando y desfilcando nubes, con mucha lentitud y mucho juicio. Pero eso que hace allí en el cielo no es una diversión; es un trabajo.

Y repentinamente, como chiquitín nervioso, que se cansa de estarse quieto, acelera el paso, trotea, tira los juguetes que movía á compás, los rompe, los estruja, los arroja muy lejos, y en seguida, emprende la carrera, desatentado y ciego, arrebatando los sombreros á los que encuentra, echándoles tierra á la cara, levantando faldas, con cínica grosería, cerrando y abriendo con brusquedad vidrieras y puertas para que se rompan los cristales, entrando y saliendo por todas partes como *ratero* perseguido, y moviendo de su sitio las cosas que halia á mano: de aquí un mueble, de allá un cuadro, de la mesa una copa, de la cama un cojín; en los corredores quiebra las guías de las enredaderas, y en las azotehuelas... oh! allí infla la ropa tendida, la arranca de los cordeles, se la lleva á la calle, la eleva, y hace de ella cometas de nieve y pájaros de fantásticas formas. Cobra bríos, cásese enfurece con el ruido y la algazara que produce: las gentes que gritan, las cosas que caen, los perros que ladran, las hojadelatas que rechinan, el estrépito de los vidrios rotos, el crujido de las maderas, toda la alharaca que provoca, es para el viento como una diana, como un canto guerrero que lo anima y lo entusiasma en sus audaces y desordenados retozos.

Bien es cierto que la Ciudad sirve ahora á este locuelo, como nunca para sus burlas y correrías. Trincheras de adoquines, cordilleras de cascajos, volcanes de grava, abismos de lodo, grutas con estalactitas de fango, lagos artificiales, cavernas; la vía pública accidentada hasta lo inverosímil por quién sabe cuántos diabólicos trabajos del progreso. Tiene el aire, por lo mismo, un precioso campo de operaciones; vericuetos, escondites, salidas falsas y pertrechos de guerra como no se los hubiera soñado.

Los buenos habitantes de la Ciudad sufrimos las travesuras de este jocosos cantante de madrigales, que á cambio de sus puñados de polvo, de sus interpestivos arrebatos, de sus desagradables fechorías, nos trae bocanadas de primavera que aspiramos á grandes sorbos, como rejuvenecidos también por el cálido aliento de vida que lleva el polen de flor en

flor, el germen de grano en grano, y la alegría de corazón en corazón.....

Cuán distinto es este viento de Abril y Mayo, este hábito de amor, este insufrible y mañoso chiquitín de barrio, que juega con tierra y basuras, á pleno sol, ardoroso y desenfrenado, al otro, al frío y melancólico viento de Noviembre y Diciembre, al que arrastra hojas muertas por jardines y caminos, al que canta baladas tristes en las ramas desnudas, al viajero invernal que recorre las calles por las noches, quejándose lúgubremente y dejando lágrimas en los cristales de las vidrieras! Ese no alza polvo, ni sacude cortinas, ni tiene alientos para abrir puertas, levantar faldas y arrebatarse sombreros. Es débil y está enfermo; no juega, no sonríe, no fabrica efímeros gobelinos ni finje humaredas cuajadas de chispas y fulgores; pasa, pasa tosiendo, con su cascada tos de tuberculoso, friolento, entrapado, quejumbroso, hablándonos al oído de cosas amargas y de sueños dolorosos: del amigo ingrato, de la mujer infiel, de la novia muerta, de los muros ruinosos, de las enredaderas que el hielo quemó; en el alma, de las ilusiones extinguidas y, en el camposanto, de las tumbas olvidadas....

* *

Compadezco á los oradores del *Cinco de Mayo*. No los oí, pero los conozco; son amigos míos, y de sobra sé que tienen mucho talento, vasta instrucción y facultad tribunicia. Manuel Flores es una maravilla de dialéctica elocuente: es metódico, claro, preciso. Sabe ser formidable y sabe asimismo ser gracioso. Toca los extremos con la facilidad con que un pianista recorre un teclado. Sus discursos son armoniosos. Juan Peza es un admirable recitador de sus versos; un poeta, sencillo y fácil, dominador absoluto de la rima, que posee el arte de enardecer á las multitudes.

Mas á pesar de todas sus buenas cualidades, no lograron de seguro, los oradores, hacer en la masa popular, con las clarinadas de su retórica, la impresión que la luz del día. En este combate de elocuencia, el sol vence siempre al idioma. Para despertar el entusiasmo no hay tribuno semejante. Cuando pide la palabra, desde el oriente, cuentan los poetas, que la tierra tiembla de placer, se abren las flores como pupilas curiosas y los pájaros se ponen á cantar himnos y vítores; llenan el aire los *vivas*; en los bosques, los árboles lanzan sus aplausos de hojas, y el agua corre empujando los obstáculos, como temerosa de no llegar á tiempo y perder una parte del discurso. Siento en el alma confesar que muy pocas veces he podido sorprender al orador celestial en su exordio rosado: la aurora.

Tengo, sin embargo, vagas noticias de su belleza: dicen que es un encanto, sobre todo, en estas mañanas de primavera. Lo creo; tengo plena confianza en este Mirabeau de lo infinito. ¡Lo he visto en tantas ocasiones decir al espíritu cosas tan sublimes en los lugares menos apropiados, en una pared ruinoso, en el suelo caleidoscópico de un muladar, en un fleco de harapos, en la placa joyante de una charca!

Decididamente compadezco á los oradores del *Cinco de Mayo*. Las delicadezas de mis amigos se pierden en campo abierto, á la luz, envueltas en ruido de tambores, y toques de cornetas y temas de marchas, y traquetos de caballerías y truenos de salvas. La voz humana lucha en vano con los grandes rumores: apenas si cuando se deja oír llega débil y con el plumaje opaco, como ave que sorprendió la lluvia. El verso heroico, tomado de Homero, flexible, lúcente y fuerte como hoja de espada, se quiebra en el aire; la frase guerrera, pesada y dura, la frase de hierro, erizada de puas como una maza, tórname frágil esfera de vidrio, que un soplo rompe y desmenuza; la rima aguda y sonora, como un grito de águila, enmudece en el viento.

La marejada de cabezas que sostiene la tribuna, no cambia; ella misma produce un rumor extraño que es la suma de muchas palabras. Pudiera aplicarse la imagen de Hugo; es lo informe aullando.

En cambio, fuera de la plataforma que el *velorium* abriga, el sol improvisa una bélica arenga militar que el pueblo comprende y que le provoca regocijo. Cae la luz áurea sobre las tropas que invaden la vía pública; se prende en los galones, abrillanta las bayonetas; abre un florón de chispas en el metal de las empuñaduras, derrama polvo de luz en la tela de los pabellones, y envuelve el cuadro en un incendio de reflejos. Habla, en su lenguaje colorido y deslumbrador, de leyendas épicas, de batallas, de triunfos, de marciales desfiles, de marchas gloriosas, de ataques á campo raso, cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, de toma de fortificaciones, de iliáticos rasgos de valor, de combates y encuentros, de victorias rápidas y seguras. ¡Oh, sí! el sol anima, con solo mirarle, como alentaba Napoleón á sus soldados cuando pasaba revista! Y es hermoso verle poner condecoraciones, repartidas un poco al capricho, en el pecho de los soldados; á este una cruz de diamantes, al otro un cordón de oro, al de más allá una medalla de rubíes.

Este sol de Mayo fué el orador más aplaudido en la fiesta cívica. El discurso que pronunció en este año es el mismo que ha dicho en años anteriores. So-

lamente que en esta ocasión lo dijo con más fuego, con más lujo de elocuente ardor. En ciertos conmovedores episodios, habló de la Patria con inusitado entusiasmo. Narró la victoria con más aliento que lo hacía el General Negrete.

La muchedumbre deslumbrada se sintió satisfecha. Un sol así, candente y limpio, merecía al día glorioso. Para todos fué el *Cinco de Mayo* un festín de luz.

No debemos de haber estado en gran número los que al ver cruzar en correcta formación los pelotones de indios, escuálidos y anémicos los más, con el visible raquitismo de los degenerados, con el fusil al hombro, llevado sin arrogancia y sin donaire, nos habíamos dicho, pensando en un porvenir, quizá no remoto, de ruina y destrucción; para la raza debilitada é inútil: ¡Pobres hombres!

* *

Lo más notable de estos días, artísticamente hablando, es la conferencia de Justo Sierra en el nuevo club francés: *La Unión*

Mi maestro, que es la perpetua admiración y adoración de mi vida, tiene de raro, de extraordinario y casi diré de extrahumano, su juventud, siempre hermosa y fresca, conservada — iba á decir inviolada — como dentro de una ánfora misteriosa, dentro de sus canas, de sus desilusiones, de sus cincuenta y un años, tres meses, y doce días (cuenta cabal, hoy 7 de Mayo de 1899).

Para la generación á que yo pertenezco, no hay hombre mas alto, en el sentido moral de la palabra, porque ninguno como él supo hacer de su existencia una fuente viva de sabiduría y de consuelo. En ese manantial inagotable de ternura y de consejos, abrevamos muchas almas sedientas de fé. En él hallamos el amor y la esperanza; y á través del pomposo humorismo del escritor y de la brillante verba del orador, como en una cazoleta de oro, encontramos, ardiendo y perfumando, los granos de mirra de un sentimiento dolorosamente sublime que, en medio de su resignada agonía, alza los brazos para señalarlos el ideal....

EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

España *fara da se* como de Italia dijo antaño el rey *galant'uomo*. Y no porque haya ganado las elecciones el Sr. Silvela; nada significa esto en un país que, en Europa, la Jauja de la candidatura oficial. Diga usted, lector amigo, si no vale más así allá donde el sufragio verdaderamente libre ahogaría á los partidos moderados y de gobierno, con fuertes mayorías clericales y socialistas, que harían imposible la gobernación del reino! Pero de aquí fluye, como ineludible consecuencia, la nulificación del prestigio del Poder Legislativo y la reducción de las Cortes á un factor de segundo orden en la marcha de la cosa pública. No, ciertamente; esto no es indicio de que España se rehace. Es la renovación con creces de las transacciones, es la seguridad y la confianza en la riqueza intrínseca de la Península, que se traduce por la restauración del crédito, el alza de los valores y la rápida mejoría en los cambios, lo que constituye un haz de buenos síntomas. España explotadora de sus frutos, de su capacidad agrícola multiplicada por la ciencia industrial de nuestros días, de sus minas, de sus facultades artísticas. es la España del porvenir. Y á mediados del siglo XX, á juzgar por lo que en América vemos, los españoles habrán recuperado individualmente la posesión de los territorios coloniales, hoy perdidos colectiva ó nacionalmente. ¿No es cierto que computada en pesos, la propiedad territorial de los españoles en México, v. g., vale más que la que tenían en visperas de la Independencia?

Es para todos evidente que, al estallar la guerra con los Estados Unidos, el pensamiento de *derriere la tete* de los hombres públicos en España era éste: necesitamos perder las Colonias, para los politiqueros y los burócratas son una mina, es cierto, mas para la Nación constituyen una pérdida seca, una bancarrota irreparable, un deficit en progresión ascendente. «Es preciso perder las colonias.» Y no porque este raciocinio sea cartaginés, deja de ser justo; perdámoslas, pues, con honor; perdámoslas de modo que no resulte una tragedia, un Hernani ó el honor castellano, sino una tragi-comedia, ó hablando en plata, una operación. Y en honor de la verdad diremos que la opinión, no reservada, sino claramente manifestada en los principales centros de trabajo en la Península, coincidía con la de los estadistas españoles.

Elementos de tragedia los había por cierto y un escritor francés, de los conspicuos, al ver desembarcar en la Coruña algunos millares de soldados repatriados, se quedaba boquiabierto y, al fin exclamaba: ¡estos soldados son admirables, con ellos se puede conquistar el mundo! Lo que veía Claretie era la vuelta á su casa, para morir, del Caballero de la triste figura. Ese mismo día se abría en la historia de España el período de Sancho. Lo dijimos en otra ocasión, lo repetimos ahora, que sea para bien; no hay un sólo síntoma de salud fundamental en un pueblo latino que no nos interese á los mexicanos; y en España más quizás, por razones de pasado y de porvenir. Que sea para bien, con tal que la muerte de D. Quijote no sea para siempre; sería esto deplorable hasta y sobre todo, desde el punto de vista estético. Nos parecería que la civilización dejaba caer de su sombrero el penacho, el de Cirano de Bergerac precisamente. Mas no hay cuidado, D. Quijote es inmortal.

Esto pensaba leyendo los fragmentos del último libro rojo, publicado por el Ministerio de Relaciones en Madrid y reproducidos por la prensa; he aquí uno bien significativo: el duque de Almodóvar expresa á M. Cambon para que lo diga así á Mr. Day «que el gobierno español desea poner fin á una guerra que sólo aceptó para poner á cubierto el prestigio de un nombre honrado.» Cuando de buen grado casi se muestra dispuesto á ceder á Cuba, tiene el mencionado duque la complacencia de aconsejar á los americanos la anexión de la Isla para ponerla á cubierto de los peligros de una independencia prematura. Y no negamos que haya en esto cierta ironía, pero hay además otra cosa ¿cómo la llamaremos? En fin, es el *sanchismo* pleno. Luego España, sin resistencia, por telégrafo, en despachos en que su derecho está perfectamente demostrado é imperfectamente defendido, cede, cede siempre, cede en todo. Y esto era fatal y es lamentable y triste. En esa absoluta falta de fé en sí mismos, más que en el deseo de no prolongar una situación capaz de poner en peligro el trono de Alfonso XIII, hay que buscar la clave de los sucesos de la guerra.

* *

Y esta historia me recuerda lo que en cierta época y en cierto lugar, de que no quiero acordarme, me referían dos oficiales de artillería que se habían encontrado en una acción de guerra, civil naturalmente, y en la que habían resultado derrotados y estupefactos. «Nos colocó el general, me decían, en el ala derecha y puso á nuestra disposición una batería bastante bien dotada, en los momentos en que apareció el enemigo. Cuando éste tomó posiciones, notamos fácilmente que, aunque era numeroso, se componía de guerrillas recogidas al paso y reunidas, ya que no organizadas. En cumplimiento de nuestro deber, dispusimos nuestras piezas, hicimos unos cuantos disparos, y viendo el excelente efecto que habíamos obtenido, dispusimos avanzar para aprovechar mejor nuestros tiros. Un ayudante del general en jefe nos previno que no avanzáramos; contestamos que tomábamos bajo nuestra responsabilidad el éxito feliz del movimiento, y para demostrarlo con los hechos, corrimos á situarnos en el lugar que habíamos escogido, disparamos, rectificamos, tornamos á hacer fuego y las chusmas comenzaron rápidamente á disolverse. El general se presentó colérico, le dijimos que estábamos seguros de ganar la batalla con solo nuestra artillería; esto lo puso furioso. ¿Qué pasaba? No nos lo explicábamos; rabiosos y atónitos nos vimos obligados á abandonar nuestras excelentes posiciones; las turbas naturalmente se rehicieron y se dió por perdida la batalla. ¿Pero qué es esto? nos preguntábamos. Qué ha de ser, tontos, nos dijo un amigo paisano que allí hacía de tesoro algo así, aquí nos hemos parado para perder cuanto antes, urgía mucho que fuésemos derrotados, y ustedes iban á descomponer el plan con sus malditos cañones.» Cuatro días después los dos oficiales, que, lo repito, no salían de su asombro, me referían este chusco episodio de nuestra historia militar, que me vino á la memoria leyendo los partes del Sr. de Almodóvar. Los narradores viven aún y tienen en el ejército la alta situación que merecen.

* *

«Lástima que España, decía el presidente Mc Kinley al ministro de Francia, no haya solicitado la paz al otro día de Cavite; nuestras condiciones habrían sido mucho más suaves!» Tal vez; mas lo que resulta con claridad de la lectura de los documentos del libro rojo es que, la adquisición de las Filipinas cuajó en el ánimo de los jefes del gobierno americano, sino al día siguiente, dos días después de la batalla, ó diremos mejor de la ejecución de Cavite, puesto que dado el alcance de los cañones españoles y el material de su flota, lo mismo les habría valido haber tirado con piedras. Verdad es que el presidente declara antes del armisticio, que «solamente la cuestión de las Filipinas no está resuelta en su ánimo. Respecto de las ventajas permanentes que conservaremos en el Archipiélago, los negociadores decidirán, á ellos les tocará definir el control, la disposición y el gobierno de las Islas.» De donde se infiere que en realidad sólo

el modo con que se debían adueñar de ellas era el no resuelto *a priori*.

Ahora todo ha cambiado: el gobierno de Madrid, con el pié sajon sobre el pecho, vendió barato y en estos momentos reciben sus cien millones... de pesetas; el poder colonial mayor que han visto los siglos, pasó á la historia.

Nada puede ser más importante para nosotros que la parte política de la tarea que se han improvisado nuestros vecinos. ¿Cuál será la suerte de Cuba? Decidan los profetas; el haber quedado todo reducido en la isla á una cuestión de dinero, de poco dinero, parece ser un indicio de que, más escépticos ó de menos fibra que los tagalos, los cubanos se proporcionarán el tiempo necesario para hacer el balance entre las ventajas de la Independencia y las de la Anexión que en este caso se llamarían *federación con los Estados Unidos* y decidirán luego. ¡Oh! si ellos serán los que decidan de su suerte... en su *oportunidad*.

Entretanto los síntomas precursores del fin de la campaña de toma de posesión de la gran Filipina se marcan ya. Si los monsoones del S. O. y los calores y lluvias que acarrearán, no hacen imposible el avance de los americanos de Calumpit hacia el N. ó si las tentativas de paz no fracasan, la labor de pacificación irá rápidamente; si no, se llevará á cabo en la próxima estación buena. No, lo repetimos, á pesar de la gran opinión anti-imperialista que existe en los Estados Unidos, aun cuando en pos de Mc Kinley viniese un Presidente demócrata, con una *plataforma* de concentración de fuerza en América (y contra ese programa votaríamos cien veces nosotros si fuésemos electores yankees) la cuestión en las Filipinas no podrá acabar en un *non possumus*; el plan se llevará á cabo, la Isla de Luzón será sometida y las dificultades militares serán vencidas. Las verdaderas dificultades, las largas, las permanentes, las que nacen de la distancia, de la índole de la población, del clima y de la situación geográfica, esas vendrán luego, esas son las graves. Y las soluciones que ensayen los americanos, esas serán las curiosas.

En un libro muy bien escrito, muy sugestivo, que acaba de publicar Alfredo Russel Wallace, propone como modelo de sistemas coloniales el aplicado por los holandeses en el archipiélago malés, en Java y en las Celebes, sobre todo. El introductor de este libro en los Estados Unidos Mr. S. Baxter hace notar con exactitud que haciendo abstracción de Inglaterra, las naciones coloniales han sido ó son: España, Portugal, Francia, Holanda, Dinamarca y Alemania. Estas dos últimas apenas pueden entrar en cuenta; Dinamarca nunca ha poseído más que unas cuantas islas, Alemania ensaya ahora su aptitud colonial. Francia, dice Mr. Baxter, ha abarcado mucho y apretado poco y los ejemplos de España y Portugal son puramente negativos: enseñan precisamente lo que es necesario no hacer. Sólo resta Holanda cuyo ejemplo es precioso, porque solas ella é Inglaterra pueden presentar maravillosos resultados, frutos de una administración colonial hábil, prudente y liberal con cierta medida; la colonia holandesa de las Indias, prosigue el prologuista citado en el análisis que traducimos, ofrece el más brillante y feliz modelo de la organización de las relaciones del elemento europeo y el indígena industrial, pero semi-bárbaro, organización ventajosa para ambas partes.

Y el resultado es palmario efectivamente; en el maravilloso jardín tropical de Java la población era en 1826 de 5.500.000 almas; hoy es de 24 millones. El régimen ha probado. ¿Cuál es el secreto? La conservación de toda la jerarquía indígena, el respeto de su estado social, de su religión, de sus costumbres. Los misioneros protestantes han sido muy prudentes y su afán ha consistido, sobre todo, en transformar las costumbres de los grupos salvajes de la población haciéndolos venir poco á poco á un estado superior al que tenían, sin empeñarse en convertirlos en europeos. Los términos *despotismo* y *esclavitud* no tienen por qué alarmar tratándose de pueblos que no pueden transformarse bruscamente, dice Russel Wallace; todo ha sido un elemento de dominación y mejoramiento en manos de Holanda que ha procedido siempre de acuerdo con los indígenas.

¿Seguirán los americanos en las Filipinas los consejos de Wallace? Será un espectáculo singular por todo extremo el de esta democracia con vasallos como la democracia ateniense hace veinticuatro siglos, mas en qué distintas, en qué peculiares condiciones! La democracia ateniense estaba asentada sobre la esclavitud y no conocía los derechos individuales superiores al derecho de la ciudad, mientras que los americanos están maniatados por una constitución libérrima. ¿Despotismo, esclavitud? ¡Oh, no! sálvense los principios y perezcan las colonias, como dijo el otro. Ese otro, nos lo tememos mucho, no será el pueblo americano. ¿No ha proclamado casi, por la voz de sus congresos y tribunales y formulado en la Constitución política de un Estado de la Unión que los chinos no eran hombres, sino colonias de microbios? Y contra los microbios, *eterna auctoritas esto*, como decía otra Constitución vetustísima, es decir, los chinos no tienen derechos del hombre.

¡Oh! prodigiosamente curioso va á ser todo esto; concédame Dios verlo ó verlo venir.

* *

Se ha reunido un Congreso en París tan importante ó más que el que intentará en La Haya hacer la guerra á la guerra y reemplazar en ella, ya que no la podrá evitar, el lujo de los medios de destrucción, por la superabundancia de los medios de reparación y caridad; nos referimos al Congreso anti-alcohólico. ¡Oh! qué bien hacen estos hombres en reunirse para darse cuenta exacta del carácter y las condiciones del mal, de su extensión, de las dificultades del problema, y cuántas bendiciones merecerá su memoria si formulan claramente el remedio.

En Francia han obligado á la sociedad á doblar la cabeza sobre el pozo del abismo y á espeluznarse con una visión apocalíptica. Le han dicho (y el dicho ha sido profusamente documentado): Francia, patria nuestra, descendes, bajas, te vas. Pronto, á consecuencia del estancamiento de tu población comparado con el crecimiento constante de la de otras grandes naciones, serás una potencia de tercer orden (v. los estudios demográficos de Bertillon, en curso de publicación). Serás una potencia de tercer orden y no ganarás en calidad lo que pierdas en cantidad. Tu influencia, la de tu idioma, la de tu industria, la de tu genio bate en retirada por todas partes, ¿por qué? Porque eres cada vez más débil. ¿Por qué? Porque cada vez bebes más; porque has dejado de beber el buen vino de tus ricos *crus* que alegraba el corazón y calentaba la cabeza, y te has dedicado á beber alcohol, y eres probablemente la nación que más alcohol consume en Europa; y el alcohol es un veneno social, porque no sólo embrutece al individuo, sino que hiere el sistema nervioso de las generaciones nuevas y mata la especie. Por eso eres débil. La Francia moral se irá disolviendo en aguardiente!

¡Horror! Pero dentro de esta situación que sólo no ven los alcoholizados, porque esa terrible plaga que se llama el *quemeimportismo* (*je m'enfichisme*) es propia de los alcohólicos, se verifica una reacción: hombres de buena y grande voluntad están removiendo las entrañas de esa sociedad enferma y se forman grupos cada vez más considerables para combatir el mal. Hace pocos días el representante del gobierno francés saludaba á los miembros del congreso anti-alcohólico de París con estas palabras:

«Precisa organizar una santa cruzada en pro del triunfo de la razón sobre una bestialidad tanto más repugnante, cuanto más contraria á la naturaleza se manifiesta, una santa cruzada en pro de la salvación de la raza y la nobleza del sér pensante y del patrimonio común de la humanidad.»

Y nosotros que estamos llenando nuestros manicmios de dipsómanos y nuestras cárceles de alcohólicos ¿qué diremos? ¿qué hacemos? Somos unos desgraciados.

Justo Sierra

EL AMOR Y LA CRUELDAD.

LOS MISTERIOS DE LA PASION HUMANA.

El alma humana es todavía un arcano; tiene selvas impenetrables como los juncales de la India, regiones inexploradas como las del centro de Africa, cimas inaccesibles como las del Himalya, rincones impenetrables como las regiones polares.

Como la naturaleza exterior, ofrece tempestades aterradoras, huracanes que devastan, irradiaciones boreales que deslumbran, nevadas que congelan. Pero si en la naturaleza exterior imperan la congruencia en el seno de la variedad, la lógica en medio de la devastación, el orden estricto en el dominio de la apariencia caótica, en la naturaleza interior, en el alma humana, suelen darse cita los sentimientos más contrarios, las más incoherentes manifestaciones, las pasiones más opuestas. Tal hay que practica simultáneamente la avaricia más sórdida y la prodigalidad más desenfadada; en Francia, después de ofrecer un banquete de Trimaición á sus amigos ó un baile de hadas á sus relaciones, el millonario se encierra con su intendente y su despensero, cuenta los cascos vacíos, pesa, mide y valúa las flores del adorno, las golosinas del buffet, los *cabos* de bujía de los candelabros y á la hora de pagar á tapiceros y reposteros, regaña, regatea, se enfurece y protesta por una diferencia de un franco ó de cincuenta céntimos. Otros hay, que valientes hasta el heroísmo, sientan miedos pueriles y que capaces de asaltar una trinchera huyen de un ratón ó tiemblan ante una sabbandija. Hay espíritus serios, reflexivos y reposados que incurrir en las menos disculpables ligerezas, y á quienes una imprevisión infantil caracteriza. Conozco poetas inspirados, soñadores é ilusos, que hacen negocios lucrativos, ordenan y metodizan su vida; fríos como un témpeno y rígidos como una barra de acero.

Entre esas anomalías é incongruencias del espíritu las hay risibles como las hay siniestras, las hay cómicas

como las hay trágicas, y entre ellas una de las menos explicables y menos comprensibles, una de las más generales como de las más funestas y que da ocasión lo mismo á dolorosos dramas que á repugnantes crímenes, es la coexistencia frecuente, casi general y casi constante, del amor y de la crueldad.

Ante la razón pura y la poesía romántica, amor es sacrificio, es abnegación, es sufrimiento propio en pro del ser amado. Quien ama no debe tener otra aspiración que la felicidad del ser á quien ama; debe regar de flores su camino, sembrar de dichas su existencia, impregnar de aromas su ambiente, hacer vibrar su oído con estrofas y cantos; alfombrar su camino con nubes; formarle doseles con girones de cielo; alhajarlo con astros. Si el ser amado sufre, hay que quitar de su planta la espina que le punza, de su lecho el pétalo mal tendido que le importuna; atenuar con un celaje la luz que lo deslumbra. Si el ser amado tiene enemigos hay que exterminarlos, si caprichos hay que satisfacerlos, si exigencias hay que obsequiarlas.

Envuelto en nubes, en perfumes, en caricias, rodeado de cuidados, de solicitudes, hay que impedir que el ser amado sufra, que pene, que lllore; hay que disipar de su espíritu la aprehensión y la inquietud, el tedio y la melancolía, la angustia y el dolor y debe constuirsele un paraíso y que en él viva, goce, se extasie y sea perennemente feliz.

Así concebimos el amor y así lo definimos; ¿es así como lo experimentamos y practicamos? ¿es en ese cuadro idílico en donde se desenvuelven sus peripecias? ¿son esos panoramas edénicos, esos cantos paradisiacos, esas dulzuras celestiales las que constituyen el escenario y el poema del amor?

No, evidentemente, todos concebimos así el amor; pero más ó menos todos lo sentimos y lo practicamos de otro modo. Lo primero que el amor provoca y que el amor suscita es dolores y penas, y suelen sus manifestaciones ser, no dulces y acariciadoras, sino toscas y brutales.

Amamos hoy y ya mañana sufrimos y hacemos sufrir. Nos prometíamos y habíamos jurado sacrificarnos á la felicidad de otro ser y no tardamos en sorprendernos sacrificándolo á nuestra dicha. Toda expansión suya nos parece fría, toda preferencia, poca, todo sacrificio, deficiente. Jurábamos no ver sino con sus ojos y le exigimos que no vea sino con los nuestros; habíamos abdicado á sus piés, y ejercemos un intolerante despotismo; prometíamos un abandono y una abnegación completas y sólo imponemos sacrificios; afirmábamos que todo el universo se había condensado en el ser amado y le exigimos después que su universo se condense y sintetice en nosotros. Y como pedimos un imposible, como un imposible prometimos; como no hay ser, ni la madre misma, que sólo viva y aliente por la dicha agena sin preocuparse un poco de la propia; vivimos en el amor descontentos, recelosos, inconformes, prometiendo y no cumpliendo, exigiendo y no obteniendo y nos imponemos é imponemos á quien nos ama angustias y tormentos que hacen doloroso el amor y torturan á uno y otro amante.

El el orden moral, pues, el amor, que se concibe como esfuerzo permanente por la agena felicidad, es, en realidad, un instrumento de tortura y su noble y elevado altruismo no es más que un refinado y vituperable egoísmo.

Las penas del amor, los sufrimientos que recíprocamente se imponen quienes se aman, no se atenúan sino con el amor mismo. Los amantes volcánicos son

casi siempre verdugos y la felicidad es sólo compatible con el amor cuando éste es moderado, reflexivo y sereno.

No sólo se atormenta moralmente al ser que se ama, sino también físicamente. Hay transporte que es estrujón, caricia que acardenala, abrazo que asfixia, beso que muerde.

Bajo la influencia del cariño intenso y de la expansión ciega, el músculo se contrae y se distiende bruscamente, la mano aprieta, el brazo oprime, la mandíbula cruje. En condiciones normales, esas brutalidades resultan atenuadas por la reflexión, las moderamos con el esfuerzo de la voluntad, las reprimimos con la energía de la razón ó mediante los hábitos de la educación. Los temperamentos excitables y nerviosos suelen no poder refrenarse y son temibles sus expansiones de efecto; á un grado mayor no sólo no hay freno, sino que el nervioso y desequilibrado se excitan, se estimulan con sus propias expansiones, las exageran y las extreman, golpean al ser amado, lo muerden, lo estrujan y hasta lo hieren y lo matan. De ahí esos crímenes odiosos como los de Jack el Destripador, como los espantosos y repugnantes de Vacher.

La educación, la instrucción, la civilización, en suma, atenúan estas extravagantes y contradictorias manifestaciones del sentimiento amoroso; pero en los pueblos bárbaros, en las tribus no civilizadas, en las clases ignorantes, son la regla y como el signo característico del amor y del afecto en todas sus formas. En las clases bajas, la amistad tiene por suprema manifestación el retozo, es decir, el empujón, el puntapié, la bofetada; nuestras mujeres del pueblo se alarman y comienzan á sospechar que ya no son amadas cuando el marido ó el amante dejan de golpearlas. La paliza es reglamentaria en las uniones de las clases bajas; el *souteneur* francés golpea sistemáticamente á su querida y la mujerzuela que lo mantiene suele ostentar con orgullo, y como prenda segura de amor, el cardenal ó la herida que le infirió su brutal amante. A veces, como en el repugnante caso actual de Palma, la crueldad sobrevive al amor y las torturas infligidas al ser amado, perduran después que se ha extinguido todo afecto y ha cesado toda manifestación de amor.

¿Cómo conciliar, cómo explicar tendencias tan divergentes, pasiones tan contrarias, deseos tan contradictorios como el amor y la crueldad, como la abnegación y la tortura, como el deseo del bien y la práctica del mal? ¿Qué lógica preside al enlace de esas ideas contrarias y á esas prácticas tan inconexas? ¿Dentro de qué noción del sentido común pueden quedar conciliadas esas contradicciones? ... Hay sin embargo una lógica que informa esas extravagancias y un principio que da unidad á esas incoherencias.

El amor es el menos egoísta de los sentimientos, pero, en el fondo, es una forma del egoísmo; so color de ofrecer placeres, satisfacciones y goces, buscamos goces, placeres y satisfacciones. Buscamos por el amor otro ser, pero para completar el nuestro; prometemos dicha con la oculta intención de exigirla, y apremiamos, urgimos, empujamos al ser amado no tanto del lado de su felicidad cuanto del lado de la nuestra. De ahí el deseo de la posesión exclusiva, los celos, las exigencias y los reproches; de ahí en suma las torturas morales que imponemos á aquellos á quienes amamos y en proporción del amor que nos inspiran.

Los tormentos y dolores físicos que imponemos tienen también explicación; todas las manifestaciones orales y mímicas de nuestras pasiones, son, aun-

que atenuadas, reminiscencias de la lucha, del combate, del ataque y de la defensa que nos impuso nuestra prehistórica existencia animal.

Ya hemos explicado en otra ocasión que desde la sonrisa hasta el beso, desde el apretón de manos hasta el abrazo, desde el suspiro hasta el grito, todas nuestras manifestaciones pasionales son simulacros, remedos, imitaciones de actos de combate, de agresión y de defensa. En las pasiones mitigadas y débiles nos conformamos con el remedo y el simulacro, y besamos, acariciamos y abrazamos dulcemente y sin causar daño; cuando la pasión que nos anima es intensa y fogosa, acentuamos el remedo, el simulacro se aproxima más y más á la acción; comenzamos por besar, y podemos acabar por morder; la palmada en la mejilla propende á transtormarse en bofetada y el abrazo discreto en estrujón asfixiante, y si el temperamento nervioso ayuda, es verdadera sevicia á la que nos entregamos.

El lenguaje y el estilo sufren las mismas modificaciones y es muy frecuente decir palabras duras en tono dulce á los seres á quienes queremos alhagar; pícaruelo! bribón! decimos á cada paso á las personas á quienes queremos agasajar y las francesas usan epítetos deprimentes y llaman gatito y perrito á sus amantes.

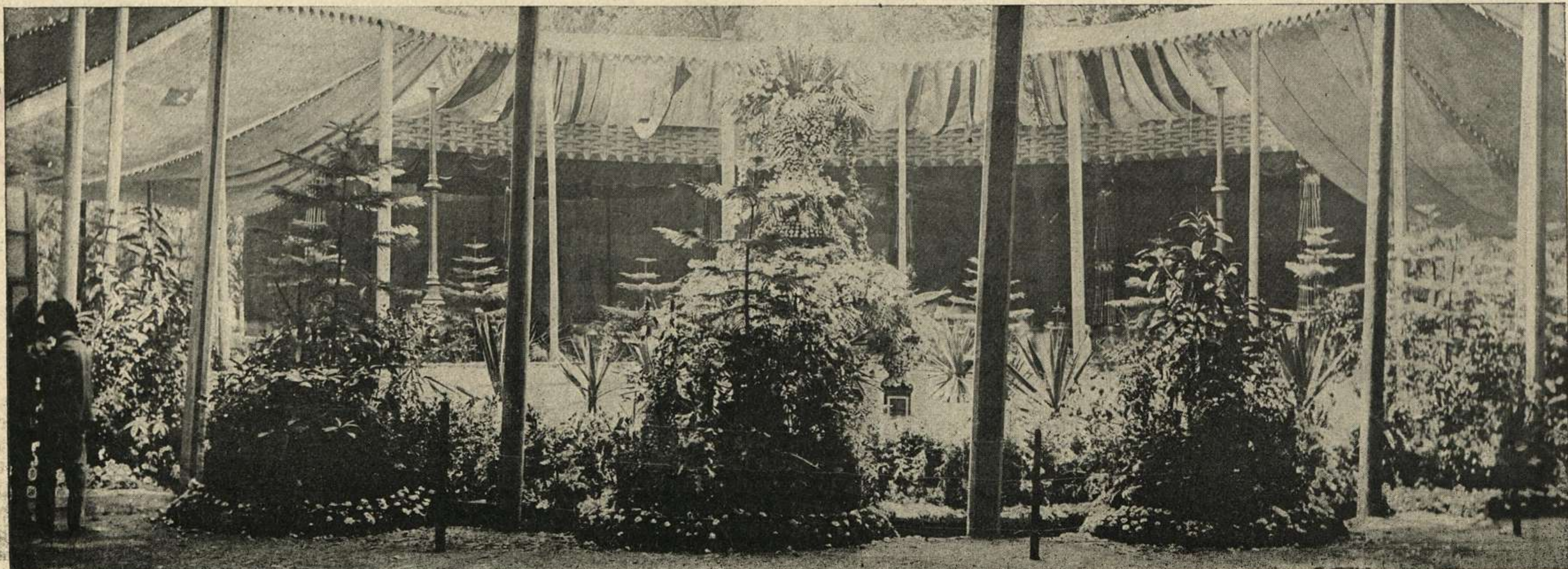
Falta un requisito á esta explicación; ella deja comprender por qué ejecutamos actos de crueldad; pero no explica cómo es que llegamos á sentir deseo, anhelo, ansia de torturas á los seres que amamos. La explicación es fácil; todo remedo de pasión suscita vagamente en el espíritu y con más ó menos intensidad, la pasión correspondiente. Finjiendo ira nos sentimos coléricos; finjiendo lágrimas acabamos por entristecernos; simulando odio acabamos por experimentar. Los artistas dramáticos se sienten, remedándolos, poseídos de los sentimientos de sus personajes y con la fuerza del hábito, esa vaga sensación se define, se acentúa y acaba por predominar.

Como las manifestaciones mímicas del amor son remedo de pasiones de odio; como las caricias son imperfectas imitaciones de actos de crueldad, nada más fácil en temperamentos susceptibles y nerviosos que el que las manifestaciones del amor susciten el sentimiento contrario cuya realización remedan y que la exajeración de esas manifestaciones acabe por crear sentimientos definidos de odio y de rencor.

Así, por esa influencia del remedo sobre la pasión real, se explica esa terrible anomalía y se llega á comprender cómo amando podemos llegar á odiar y á atormentar.

El único correctivo á tan peligrosos extravíos es refrenar toda pasión excesiva, el de amar con dulzura y con ternura antes que con ardor y entusiasmo y el de extinguir con el hielo de la reflexión las hornazas volcánicas que suelen encenderse en nuestro corazón. Sólo así podrá hacerse más llevadera y digna la vida y sólo así la humanidad dejará de avergonzarse de producir monstruos como los Sade, los Jack, los Vacher y los Palma que la afrentan y mancillan.

Dr. M. Torres



FIESTA DEL 5 DE MAYO.—ADORNÓ DE LA GLORIETA CENTRAL DE LA ALAMEDA.

La festividad del 5 de Mayo.

EL ULTIMO ANIVERSARIO.

Presentamos á los lectores de EL MUNDO ILUSTRADO una serie de apuntes tomados por nuestros fotógrafos el último día 5. Aunque ya otras veces lo hemos dicho, no creemos superfluo repetir que en la parte ilustrativa de asuntos de actualidad nuestro semanario corresponde, hasta donde es posible, al deseo con que sus lectores esperan la nota viva, exacta y característica del suceso del día. Las afamadas revistas europeas guardan, como EL MUNDO ILUSTRADO, en sus colecciones el recuerdo de cuanto sirve para formar lo que pudiera llamarse la historia gráfica de un país, y violentos como son é improvisados los trabajos del apunte fotografico directo, no puede pedirse mayor acierto. Los que hojean periódicos ilustrados extranjeros, apreciarán nuestros esfuerzos y sus resultados, así como la variedad con que presentamos escenas y ceremonias, que repitiéndose cada año, hacemos que se vean bajo un aspecto diferente cada vez.

**

Nada tenemos que describir aquí. Nuestras ilustraciones lo dicen, y han dicho ya nuestros diarios, todo lo que pudiera formar la materia de esta revista.

Lo que es preciso acentuar para que no pase inadvertido, es la definitiva consagración de la fecha glo-

poderosas y se propone un fin nobilísimo, la difusión, el afianzamiento, el imperio de las ideas que han hecho de México una nación pacífica y enamorada de todos los adelantos.

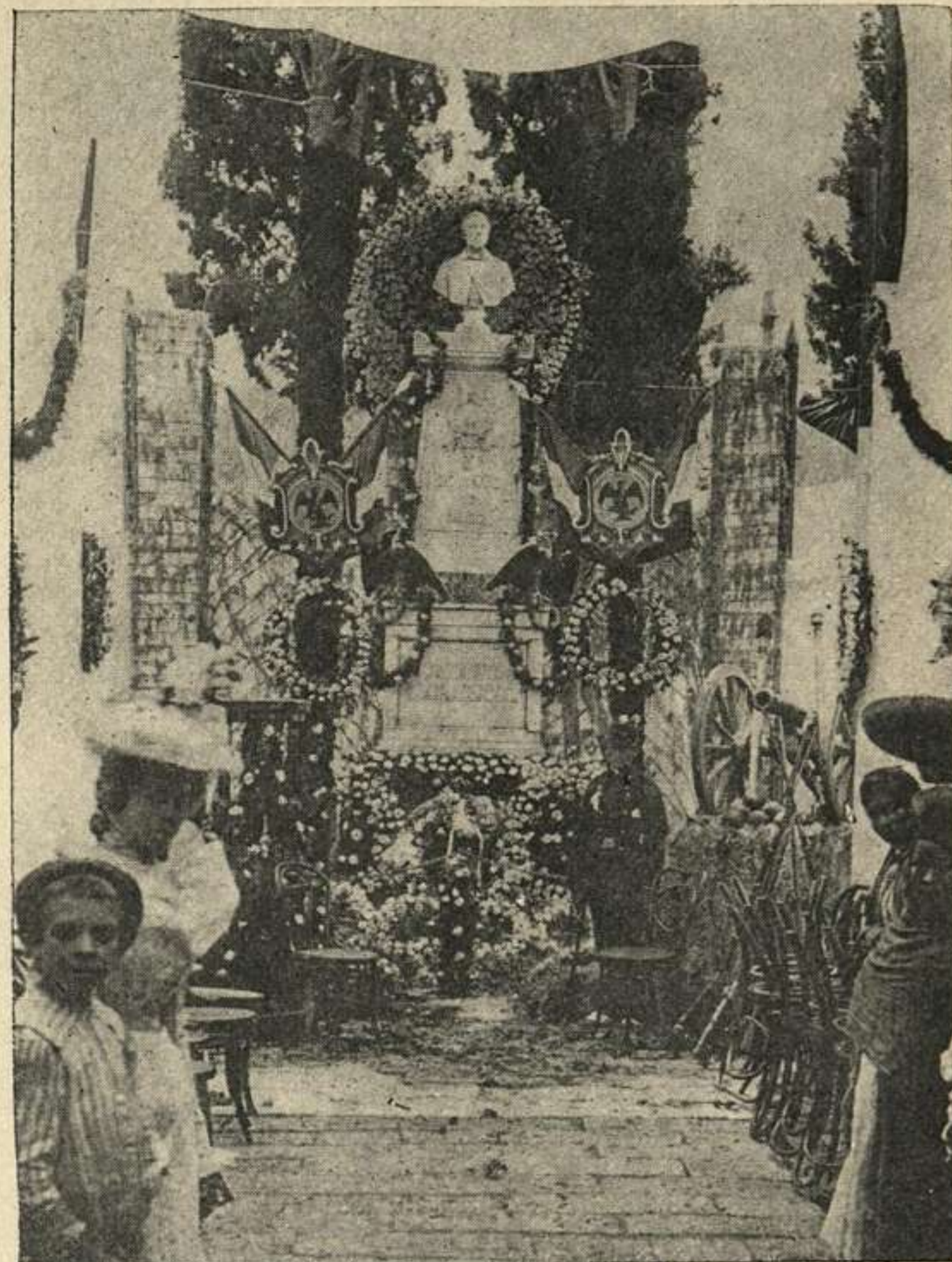
**

Cierto, pocos son los que pueden escuchar al orador; pero la prensa toma á su cargo la tarea de recoger y fijar sus palabras. Todos las leen y todos las meditan. Así la enseñanza es más fructífera, más general y más serena.

El que escribe para que le lean, hace una labor más concienzuda que el improvisador arrebatado; y un pueblo como el nuestro que sube los primeros peldaños de la cultura, y que tiene sed de verdades, necesita maestros que se las descubran, no divagadores que las desprecien.

Sentimos no tener á la mano las piezas delicadas y meritísimas del Sr. Lic. Don Ezequiel Chávez y del poeta Don Juan de Dios Peza; pero ya que no es posible citar las cláusulas justamente aplaudidas del primero y las estrofas admirables del segundo, permítasenos reproducir algo de lo que dijo en la tribuna cívica nuestro ilustrado compañero el Sr. Dr. Manuel Flores.

Esa cita es la mejor referencia que podemos hacer de la festividad, porque comprueba lo que arriba dijimos sobre la significación que hoy tienen las solemnidades patrióticas.



ADORNO EXTERIOR DEL PANTEON DE SAN FERNANDO Y MONUMENTO EN EL SEPULCRO DEL GRAL. ZARAGOZA.

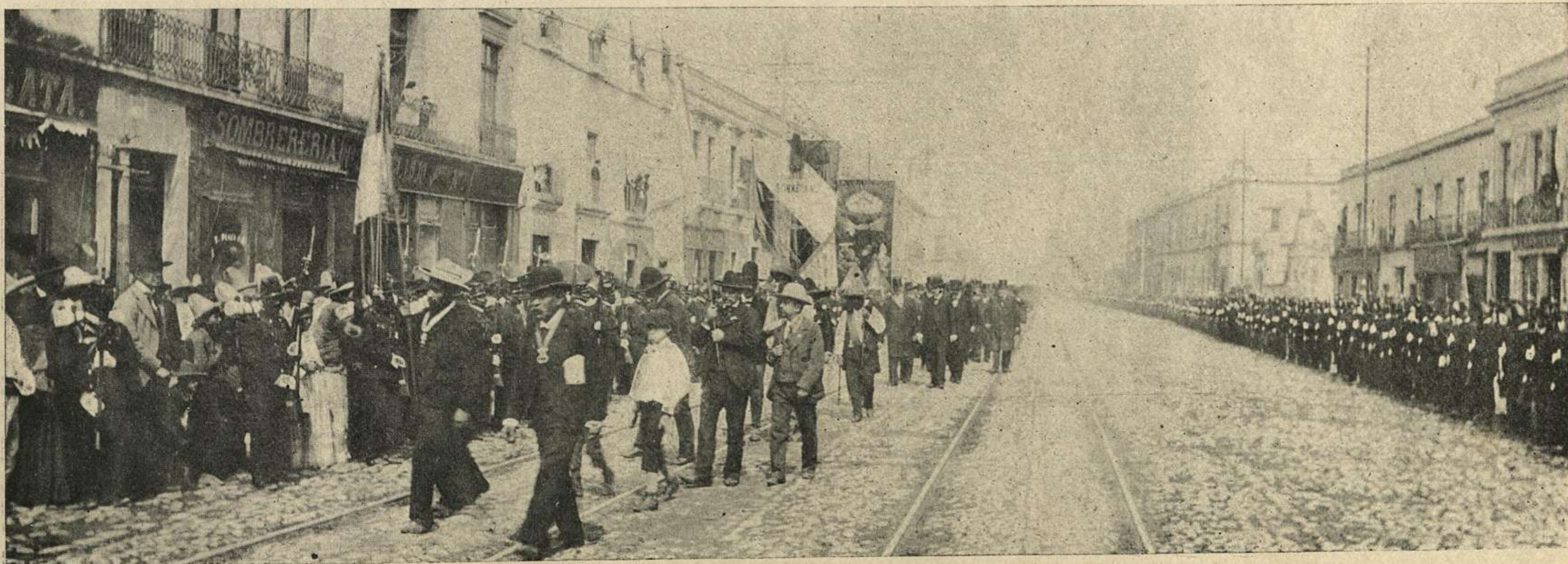
irosa de Mayo á una gran labor patriótica: la enseñanza de los deberes cívicos por medio de la pieza literaria, poética y oratoria, encomendada á artistas y pensadores que desempeñan en la tribuna un magisterio autorizado y fértil.

Cuando los oradores patrióticos son como esta vez distinguidos representantes de nuestra intelectualidad, la voz que habla al pueblo tiene insinuaciones

**

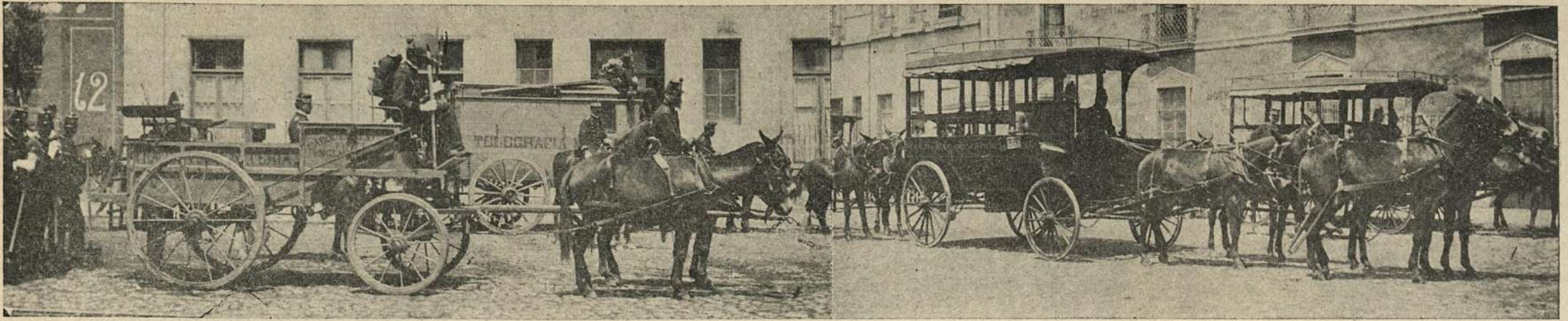
«El ejército francés, antes de la batalla se había detenido, y una copiosa distribución de víveres había dado tono á sus músculos, vigor á su brazo, aliento á su corazón. Nuestro ejército, ese día, se quedó sin prest y casi sin rancho, y cuatro días después no recibía ni prest ni rancho.

Da compasión en los partes de batalla, hacer el recuento de la artillería disponible. Consumada la derrota, nada más fácil que aniquilar al ejército fugitivo; pero apenas había caballería para cargar sobre él y el resto de las fuerzas era tan exíguo que hubo, ya lo habéis oído, que mandar detener en su avance al General Diaz, empeñado temerariamente en la persecución.



DESFILE DE LA COMITIVA HACIA LA ALAMEDA.—LAS SOCIEDADES MUTUALISTAS.

La festividad del 5 de Mayo.



TELEGRAFIA MILITAR.

* * *

El día diez, cinco después de la batalla, se bregaba en vano por reunir en Puebla 20,000 pesos y apenas se conseguían 16,000, que no bastaban para poner en movimiento las fuerzas destinadas á la persecución. Por falta de caballería, de dinero, de artillería ligera, dejamos al enemigo reponerse; y después, por hambre, por fatiga y por sueño sufrimos el lamentable descalabro del Borrego.

Si hoy un ejército empeñado frente al enemigo nos pidiera cien palas, en un furgón de ferrocarril le enviáramos miles; si necesitara cien mil pesos para ponerse en marcha, un chispazo del telégrafo bastara para enviarle un millón.

Entonces, exhaustos por la bancarrota, insolventes por falta de reservas y de crédito, agotados por una anarquía sin tregua y una lucha tenaz contra la reacción y el clericalismo despótico, tuvimos que luchar y supimos vencer con solo nuestra fé en el derecho, nuestro valor indómito y nuestro patriotismo ardiente, sin pan, sin prest, sin armas y casi sin municiones, y todavía nos sobró caballería para ser modestos; para atribuir, con Zaragoza, el triunfo á la torpeza del enemigo y para llamar humildes y modestos á aquellas tropas denodadas, y á aquellos caudillos intrépidos.

* * *

Detengámonos, señores, un momento en estos permenores de la gloriosa jornada y meditemos en esas miserias, en esas escases, en esa carencia de elementos, que bien pudieron comprometer el triunfo y cambiarlo en gloriosa, pero desastrosa derrota.

Hubiera querido entonar aquí un himno; no he tenido tiempo ni para mal pergeñar una estrofa. En vez de ese himno y de esa estrofa, permitidme ofreceros algunas breves y serias reflexiones, que más que los líricos arranques de la poesía, cuadran con la índole de mi carácter.

Pudimos casi sin armamento, ni víveres, ni recursos, ni material de guerra, vencer el 5 de Mayo frente á Puebla, porque no estaba cerrada aún para siempre la era caballeresca de la humanidad. Estábamos á cuatro años de distancia de Sadowa y á nueve de Sedán. Todavía en 62 la imperfección ó la deficiencia del material de guerra, quedaban suplidas con el arrojo y con la intrepidez del soldado; todavía se podía combatir con la espada del paladín, y, aunque onerosas, las guerras no eran necesariamente ruinosas.

Los tiempos han cambiado; hoy se combate con fórmulas de ingeniero y con aparatos de industrial; se lucha á distancias inmensas, y se vence ó se es vencido sin ver casi al enemigo á quien se combate; el largo alcance, el tiro rápido, la pólvora sin humo neutralizan el valor y la audacia, hoy más que nunca el nervio de la guerra es el dinero; para hacerla, como para sufrirla, se necesitan crédito sólido, cuantiosos recursos, finanzas prósperas. Hoy, el más rico es el más fuerte; se prepara una campaña de un mes con años de paz, de trabajo, de industria, de comer-

LA IMPEDIMENTA DEL CUERPO DE EJERCITO.

cio, de administración financiera, de organización militar.

Quien quiera ser respetado y temido, quien aspire á aplazar conflictos y quiera allegar elementos para conjurarlos, necesita riquezas, poderío industrial, predominio comercial, fomento de la riqueza pública, vías de comunicación y obras materiales, crédito y reservas.

La más cauta y previsora de las políticas es la del ahorro y la acumulación: la del trabajo y del progreso, la del mejoramiento económico.

Tal es la que hace un cuarto de siglo sigue el país; de ella emanan su seguridad presente y su tranquili-



PRIMER REGIMIENTO DE CABALLERIA.

dad para el porvenir. Y cuando volviendo la vista atrás, preñados los ojos de lágrimas y henchido de entusiasmo el pecho, el pueblo se extasia ante las glorias patrias y entona himnos triunfales á sus caudillos, sabe en sus ejemplos de heroísmo retemplar sus energías para las emergencias del porvenir, y desde el seno de la paz y de la prosperidad que hoy disfruta, pero que no lo enervan, puede prometer á los manes de sus héroes imitar sus nobles ejemplos y se siente capaz, si la necesidad lo exige y la dignidad lo impone, de agregar nuevos florones á la corona de gloria de la Patria.

AMBULANCIA.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO DE VIAJE.

UN DOMINGO EN VARSOVIA.

El parque de los Sajones y el barrio de los judíos.

Fué un domingo de Agosto tibio, sereno, luminoso, de límpido cielo, de tranquila atmósfera, de calles concurridas, el primer día que vagué solitario, por la vieja é irregular ciudad de Varsovia. Quise hacerle así para entregarme libremente á mis meditaciones, para ceder á mi antojo al aquilón de la curiosidad, y para recibir de lleno y sin distracciones las emociones de la sorpresa. Tomando todo género de precauciones para no extraviarme en el dedalo de sus tortuosas calles, cuidando de tomar siempre á la derecha, de contar las calles que atravesaba, así como las que recorría, de fijarme, tomándolo por señal, en algún edificio, que por su vetustez, su raro aspecto á cualquier otro motivo, lo distinguiesen de los otros, para poder á mi vuelta desandar el camino y regresar al hotel de Europa, emprendí, pues, por Varsovia mi primera excursión, sin saber por donde pasaba, ni á dónde me dirigía, sintiendo en mí las punzantes y sabrosas inquietudes del que se aboca con lo desconocido.

Me llamó la atención, por ser la primera vez que tal cosa contemplaba, una iglesia coronada por cúpulas en forma de cabeza de cebolla, curioso ejemplar de arquitectura rusa que en Moscow abunda y que en Varsovia sólo como rareza se puede ver, las cúpulas pintadas de azul daban al templo un aspecto alegre á la vez que chillón.

Impulsado por la curiosidad penetré al templo. Era iglesia rusa, como lo denotaba su arquitectura exterior. Por lo pronto quedé deslumbrado con lo grandioso de las naves cubiertas de mosaicos, los muchos y vivos dorados del altar mayor, que llenaba todo el fondo plano del templo, y entre los cuales, como obscuras manchas, se destacaban muchas iconias ó imágenes, de tintes sombríos y matices oscuros; eran vírgenes de líneas rígidas ó arculosas, de tonos acardenalados, coronadas de aureola monótona, y sin ninguna belleza pictórica, eran santos ó cristos hechos por el mismo estilo.

Me hallaba en pleno rito griego, los sacerdotes, popes, con el blanquísimo rostro cubierto de largas, rubias y muy bien cuidadas barbas, y revestidos de casullas de vistosísimos dorados, oficiaban entonando conmovedores y bien concertados cantos.

No sé cuál era el nombre de aquella iglesia, ni en qué calle estaba situada, pues hasta ese momento ignoraba voluntariamente la topografía de la capital polaca, pues tal ignorancia realizaba mis sorpresas. Mas era, como dije antes, iglesia rusa, en que se oficiaba conforme al rito griego. Dije también que estos ejemplares son raros en Vasovia, ciudad esencialmente



LA CABALLERIA VIVAQUEANDO.



LOS ALTOS FUNCIONARIOS.

católica romana, que no ama al rito griego, que sólo observan sus dominadores, los rusos.

Confieso que si el rito griego tiene para la vista la tristeza de las iglesias protestantes, por el ningún arte de sus iconas, en cambio, por lo vistoso de los mosaicos tomados al arte bizantino, por lo vivo de sus dorados, por el recamado traje de los popes, y lo bien ejecutado de los cánticos, tiene mucho de imponente, con no poco de teatral.

Salí del templo cerca de las doce, y continué mi solitaria excursión que me condujo de súbito á una larga calle bien alineada, una de cuyas aceras estaba formada por un muro uniforme de la altura de un primer piso, varias grandes puertas, como anchas brechas permitían traspasar aquel muro, junto á ellas había lujosos coches alineados en espera de sus dueños.

Penetré por una de aquellas puertas y gocé el más bello espectáculo que me proporcionó Varsovia, por lo hermoso de él y por lo inesperado. Me hallé en un vasto, frondoso y bien cuidado parque; en él abundaban las vistosas fuentes, las gallardas estatuas alegóricas, que representaban las artes y las ciencias, y graciosas figuritas representando dioses de la fábula; por las calzadas del parque discurrían, luciendo su airoso cuerpo, su gracioso andar y sus bellas facciones, las hermosas hijas de Varsovia.

No fué una ilusión del viajero que, trasladado á más de tres mil leguas de su patria, cree verla en donde quiera, lo que fingió á mi espíritu que me encontraba en la Alameda de México, un domingo después de las doce. No luché con esta idea oponiéndole la realidad; y la idea subsistió vivaz, porque se fundaba en semejanzas positivas. Aquel parque es en verdad más grandioso, más extenso, más adornado que nuestra Alameda, pero tiene con ella positivas semejanzas, siendo las principales que no circulan por él ginetes ni coches sino sólo gente de á pié, y el gran parecido inexplicable por otra parte, que existe entre las mexicanas y las muchachas de Varsovia. Ese parecido no lo reconocí en ninguna otra ciudad: las italianas son demasiado escultóricas, las parisienses tienen mucha desenvoltura, las alemanas son un si es no es toscas, las rusas, al menos las de Moscow, son de una blancura deslumbradora y de una seriedad glacial; nada digo de las mujeres de Nueva York, porque éstas, si bien muy bellas, no tienen sello propio, pues allí la francesa, la alemana, la italiana y la inglesa, se codean y se revuelven en aquel escenario cosmopolita.

Mas en la varsoviana reconocí el modesto á la par que agraciado continente de la mexicana, la misma pequeñez del pié, la misma cintura esbelta y airosa, la misma fisonomía afable; aun en la tez encontré semejanzas, pues las varsovianas cuando son blancas

MEXICO MODERNO.



CASA DEL SR. D. ROBERTO NUÑEZ.—CALLE DE ROSALES.

su blancura es sonrosada y no nívea, y cuando morenas presentan el matiz que entre nosotros se llama apiñonado.

A mi regreso al hotel, encantado con mi descubrimiento, lo comuniqué á mis compatriotas, invitándolos á que fuéramos á pasar la tarde á aquella Alameda de México, hallada por mí en Varsovia. El Dr. Vallejo y el Dr. Riva aceptaron mi invitación con entusiasmo, y apenas concluido nuestro almuerzo nos lanzamos en pos del hermoso parque. Mas ¡oh desilusión! creyendo yo conocer mejor la topografía de la vieja ciudad, cometí la imprudencia de guiar á mis compañeros, no por las mismas calles que había seguido en la mañana, sino por otras, y esto fué andar y andar por calles nunca vistas, como Ulises en busca de su isla, y recorrer avenidas desconocidas, y sufrir singulares espejismos, creyendo á cada momento tener á la vista el hermoso parque, y desvaneciéndose éste al llegar; así fuimos á dar nada menos que al barrio de los judíos, lleno de establecimientos mercantiles de todo género, donde los sectarios del Viejo Testamento desarrollan sus grandes aptitudes para el tráfico. ¡Ay! en vez de las varsovianas de claros y vistosos trajes, de fisonomías risueñas y movimientos agraciados, discurríamos por entre una turba de judíos mal olientes, hoscos, cejjuntos, envueltos en sus largas hopalandas negras. No pudiendo más, sin esperanza de llegar al parque ó de volver al hotel, recurrimos al único auxilio del viandante extraviado, el coche de sitio.

El hermoso parque que habíamos buscado en vano, y que más afortunados después recorrimos varias veces, se llama el Parque de los Sajones.

PORFIRIO PARRA.

LA FAMILIA DE TOLSTOI.

M. Tchertkoff, antiguo secretario del conde Tolstoi y actualmente desterrado en Essex, dió á un reporter los siguientes curiosos pormenores sobre la vida íntima del escritor ruso:

«Recordaréis, dijo, que Tolstoi se casó antes de adoptar las opiniones que hoy profesa. Su mujer es rica y rechaza sus ideas filosóficas; figura en la sociedad de Moscow, en la que se distingue por su elegancia sosteniendo su casa en un pié de gran lujo. La acompañan y siguen sus ideas casi todos sus hijos, pues sólo dos, mujeres, se han puesto del lado del padre. Poco después de su matrimonio, cedió Tolstoi á se esposa los derechos de propiedad de algunos de sus libros, que eran y son aún, muy productivos.

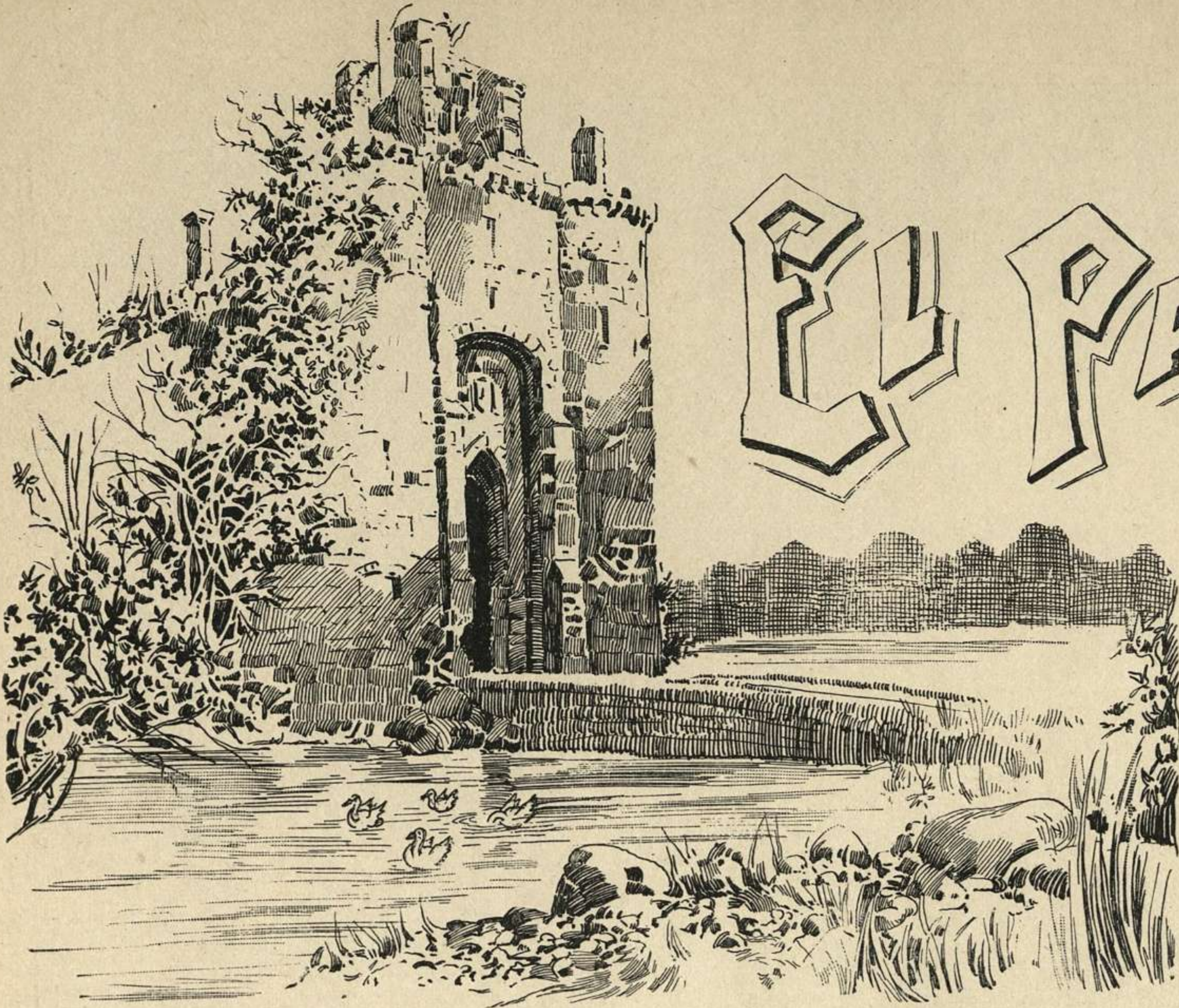
Cuando cambió de opiniones el conde, *abjuró* de las ideas de casi todas sus obras y no recibe ni acepta dinero en pago de su labor literaria; al publicar sus libros pasan al dominio común y cualquiera puede reimprimirlos libremente. Después de su «conversión» aplicó el principio á sus obras anteriores; pero su mujer se negó á renunciar la propiedad de las que le cedió y contra la opinión del conde cobra los derechos que le corresponden.

La casa de Tolstoi no es un «hogar», pues el conde parece huésped en la residencia de su mujer. No obstante, la ama y olvida las ironías de su vida doméstica y las persecuciones que sufre á veces. Es y se considera feliz.

Como la propiedad ha subido en Rusia, la familia de Tolstoi percibe rentas considerables por las tierras que posee. Hace algunos años cedió el conde todas sus propiedades á su mujer y á sus hijos, y cada uno de éstos recibe más de cinco mil pesos anuales. Una de las hijas rehusó su parte, pues sigue la opinión de su padre, y como él, no quiere tener ni dinero ni propiedad personal.



CASA DEL SR. SATURNINO SOUTO.—CALLE DEL SEMINARIO.



EL PATITO FEO



UE hermoso estaba el campo! Reinaba el verano y las rubias y doradas mieses contrastaban con la verde avena y con los prados de un verde más oscuro, cubierto de montones de heno que perfumaban el ambiente. Bandadas de cigüeñas cruzaban la campiña erizadas sobre sus ro-

jos y prolongados zancos, cuchicheando confusamente el antiguo idioma egipcio de los Faraones: ellas son las únicas que lo conocen con pureza. Espesos bosques se extendían en torno de los campos y de las praderas, y los reflejos de la luz del sol rielaban en la superficie de un anchuroso estanque.

En medio de este espléndido paisaje, levantábase un viejo castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua y cuyos muros desaparecían bajo un agreste tapiz de yedra y otras plantas trepadoras que enlazaban sus guirnaldas con las cañas y nenúfares de la orilla, formando una bóveda sobre el agua.

En una tronera de esas murallas había puesto su nido un pato hembra, y empollando los huevos se impacientaba por ver á los polluelos salir del cascarón, cansado de la soledad en que le dejaban sus comadres, las cuales, egoístas por demás, pasaban el día zambulléndose y chapuzando en el agua, sin acordarse de hacerle una visita.

Por fin, abrióse un huevo, se rompió el cascarón, sonó un *pip! pip!* y se asomó una cabecita de pato. Al día siguiente un segundo pato hizo lo mismo, luego un tercero, y es de advertir que aquellos animalitos desde un principio progresaron tanto, que en breve supieron decir *rap, rap*, asomando con ávida curiosidad la cabecita por entre el follaje que envolvía el nido.

Su primera frase fué la siguiente:—«¿Qué grande es el mundo!» Y no es extraño, pues respiraban más libremente que en el estrecho recinto de su cascarón.

—¿Creéis tal vez, dijo la madre, que lo que veis es todo el universo? Oh, no: el mundo se extiende hasta el otro lado del jardín, hasta la iglesia, cuyo campanario he divisado una vez, sin pasar de allí.

—Vamos á ver, añadió levantándose del nido, ¿habéis salido todos? Oh, todavía no: veo que el huevo mas grande permanece intacto. ¿Ha de durar mucho este engorro? Francamente, ya empiezo á cansarme.

Y de buena ó de mala gana, volvió á acurrucarse cubriendo el huevo.—«¿Qué tal va?» le preguntó una ánade vieja que fué á visitarla.

—¡Ah! contestó, estoy pasando la pena negra con uno de mis huevos que no quiere abrirse. Mirad en cambio los polluelos, ¿habéis visto nunca patitos más hermosos? ¡Cómo se parecen á su padre! Y sin embargo, ese truhán ni siquiera una sola vez ha venido á verlos.

—Vamos á ver ese huevo que no quiere romper,» dijo la vieja. Y añadió después de examinarlo: «Creedme, es un huevo de pava. También yo fuí engañada una vez. Primero para empollarlos pasé horribles trabajos, y luego para llevar al agua á los recién nacidos, sin que nunca pudiese lograr que entrasen en ella. Pero volviendo al huevo, repito que es de pava y yo en vuestro lugar lo dejaría ahí, y desde luego me dedicaría á enseñar á nadar á los pequeñuelos.

—¡Bah! contestó la madre. Después de tanto tiempo, quiero cubrirlo aún algunos días, y veremos en qué para.

—Tiempo perdido, contestó la vieja, y se marchó.

Por último rompió el huevo, y al grito de *pip, pip* salió un pato muy grande, muy feo y muy mal conformado.

—¡Dios mío, qué horrible monstruo! exclamó la madre: este sí que no se parece á los otros. ¿Será realmente un pavo? Pronto lo sabré, iremos al agua, y si no entra en ella de buen grado, lo zambullo por fuerza.

A la mañana siguiente hacía un tiempo magnífico; la madre salió por primera vez con toda su familia y llegó al borde del foso. ¡*Plas!* ya está en el agua. *Rap, rap*, dijo, y los pollos uno tras otro la siguieron desapareciendo bajo el líquido elemento, volviendo á aparecer en seguida y nadando con rapidez. Todos movían las patitas según las reglas, incluso el postero, ó sea el patazo pardo procedente del huevo mayor de la pollada.

—Ese no es pavo, dijo la madre. O si no ved con que destreza se sirve de las patas y qué derecho se mantiene. ¡Es hijo mío! Después de todo, bien mirado, no es tan feo como parece á primera vista.

«*Rap, rap*... Ahora seguidme, hijos míos, venid conmigo al gran estanque y tendré el gusto de presentaros á los demás. No os separéis de mi lado y tened cuidado con el gato.»

Reinaba en el estanque un tumulto, un ruido, un zafarrancho extraordinario: dos bandadas de patos se disputaban á picotazos una cabeza de anguila, y en lo más recio de la pelea, el gato que parecía dormir acurrucado en la orilla, no hizo más que estirar la pata, llevó á tierra su presa, y la devoró.

—Ved, y aprended hijos míos, dijo la madre: así es el mundo: el mundo está lleno de sorpresas y asechanchas. Por esto es preciso que desde pequeños aprendáis á conducirlos según las sabias reglas de la cordura. Ea, pues, doblad el cuello y saludad al viejo pato que anda por allá: es de raza española. Ved la cinta colorada que lleva en la pata; es una muestra de alta distinción, se la han puesto para que la cocinera no lo confunda con los demás, y por inadvertencia no lo ensarte en el asador.

—Ahora ensayaos á decir *rap, rap*, á coro y acompasadamente; no metáis los pies hacia dentro, que esto es de mal gusto; echadlos hacia fuera como yo.

Los polluelos obedecían fielmente los mandatos maternos; pero por mucho que se esmerasen en distinguirse por su actitud y por su porte, los demás patos les miraban de reojo y refunfuñaban diciendo en alta voz:

—¡Vaya... una nueva pollada!... Como si para lo que nos dan de comer no fuésemos ya bastantes.

—¡A fé mia, que esto pasa de castaño obscuro, dijo un pato joven y ardoroso, y al ver al pollo feo añadió: ¿Habéis visto qué tipo? ¡Ah! á este sí que no podemos admitirle.

Y echándose encima, empezó á darle picotazos en el pescuezo.

—Bribón, gritó la madre, déjale, que el pobrecito no hace daño á nadie.

—Es cierto, contestó el agresor, pero á su edad es demasiado grande, y además tan feo que deshonra nuestra casta.

En esto se había ido acercando el pato español de la cinta roja, y no pudo menos de encomiar el porte y los modales de la pollada. Pero añadió fijándose en el pato feo:

—¡Lástima que forme entre los demás que son muy lindos, esa especie de monstruo, cuyas plumas son de un color detestable!

—Verdaderamente, contestó la madre, no se distingue por su figura; pero es muy buen chico, tiene un carácter afable y nada mucho mejor que los restantes. Creo que con el tiempo se pulirá, supuesto que su deformidad depende de haber permanecido en el huevo demasiado tiempo.

—Y por otra parte, añadió alisándole cariñosamente el plumaje con el pico, pues lo tenía erizado y descompuesto á causa de la solemne sobarbada que el pobre había recibido; es macho, y en este concepto la hermosura es lo de menos.

—Si vos os conformáis, enhorabuena, repuso el pato español. De todos modos los demás son muy gallardos. Bienvenidos sean todos. Unicamente debo advertirlos, que si encuentran alguna golosina, como por ejemplo una cabeza de anguila, no se olviden de traérmela. Al fin y al cabo yo soy el jefe del estanque y quiero que se me respete.

La nueva pollada fué muy bien acogida por la banda, excepto empero el patito feo que se vió perseguido, matraqueado y mordido sin cesar. Las pollas se reían de él y lo encontraban ridículo. Había en el corral un pavo que solía pasearse ahuecándose como si fuera dueño de todo el universo, y al ver al pobre patito se hinchó como la vela de un buque impelido por el viento y cerró furioso contra el pobre animal. El pato, acosado de cerca, se arrojó al estanque, con lo que el pavo tuvo que quedarse en la orilla y empezó á echar terribles *glu, glu*, volviéndose rojo de ira...

El pato no gozaba de un instante de reposo; no sólo le zarandeaban continuamente durante el día sino que hasta de noche el recuerdo de tantas picardías no le dejaba cerrar los ojos. Sus penas iban en aumento de día en día, pues hasta sus hermanos de la pollada se mofaban de él, diciendo: «¡Que no te atrape el gato, horrible criatura que nos avergüenzas!» Y la misma madre que en un principio le defendía, acabó por decir: «¡Mala muerte hayas!»

Todos le llenaban de picotazos y le insultaban á porfía, incluso la mujer encargada de repartirles la pitanza, la cual solía rechazarlo con el pié cada vez que el desgraciado animal se le acercaba deseoso de pillar un mísero resto de cocina.

Por fin no pudo aguantar más y tomó vuelo por encima del seto, pasó jardines y campos: los pajarillos que estaban en los brezos huían espantados al oír el extraño rumor de sus alas, todavía torpes é inexpertas.

—Se espantan porque soy feo decía el infeliz, cerrando los ojos para no ver el desastroso efecto que su aparición producía por doquiera. Y volando y alejándose cada vez más de los lugares de su nacimiento, llegó al gran pantano en que habitaban los ánades silvestres. Hizo alto en aquel sitio, pasando la noche entre los juncos, por todo extremo triste y cansado.

El día siguiente, al amanecer, acudieron ánades silvestres de todos lados, contemplando con curiosidad al recién llegado.

—¿De dónde vienes? le preguntaron. ¿A qué casta perteneces? Y el pato hacía saludos á todo el mundo con aquel embarazo propio de un sér que se avergüenza de su mala figura.

—Puedes envanecerte de ser horriblemente feo, añadieron los ánades silvestres; pero no importa, mientras no se te mete en la cabeza la idea de casarte con alguna de nuestras hijas.

¡Cómo había de pensar en casarse el pobrecito, que no quería más que un poco de tolerancia, para buscarse el sustento en el lodo y dormir tranquilo entre las cañas!

Así permaneció algunos días, hasta que de repente se le presentaron dos ansarones silvestres, procedentes de lejanas tierras, de los países del Norte, pues eran jóvenes y la juventud es animosa y no ceja nunca ante los peligros.

—Hola, compañero, le dijeron: tienes una figura tan grotesca y divertida, que de buen grado te admitiríamos en nuestra compañía, y serías, como nosotros, ave de paso. Ea, decídetelo. En el pantano más próximo hay algunos gansos silvestres muy agradables, entre ellos varias hembras que como no han visto mundo, no se preocupan mucho en materia de hermosura; vente con nosotros, y tal vez á pesar de tu fealdad, encontrarás novia.

De repente se oyó *pif paf*, y los dos ansarones cayeron muertos en el agua. *Pif paf* se oyó nuevamente y grandes bandadas de aves acuáticas se elevaron desde los cañaverales huyendo en todas direcciones. Era una gran cacera; resonaba el estrépito de los disparos, y mientras los cazadores llegaban á la orilla de la laguna y algunos se encaramaban á las ramas de los sauces y álamos que se proyectaban sobre el agua, el humo azulado de la pólvora se cernía en el espacio, y los perros corrían por todos lados y *flas, flas*, se arrojaban al agua, tronchando y doblando juncos y cañas, acercándose al escondite del desventurado pato. ¡Qué terribles angustias pasó en aquellos breves momentos! Pero al ir á encoger la cabeza y ocultarla bajo el ala para perder de vista aquel cuadro de horrores, vió á su lado un enorme perro, con los ojos centellantes, la boca abierta, la lengua fuera y las quijadas armadas de formidables colmillos. Examinó al pato, le husmeó, rechinó los dientes, y *flas, flas*, volvió la espalda, yéndose, sin tocarle, en busca de una presa menos indigna.

—Loado sea Dios, dijo el pato, recobrando la serenidad: me ha encontrado demasiado feo y le he producido repugnancia. Es la primera vez que la fealdad me sirve de algo.

Y se enmarañó en lo más espeso de los juncales, en tanto que el plomo hendía el aire silbando y que las detonaciones se sucedían sin descanso. La broma duró todo el día; pero por fin los cazadores tocaron retirada, y aún el pobre pato permaneció algunas horas sin moverse, hasta que después de tomar mil precauciones salió del agua, y á toda prisa atravesó campos y prados, afrontando una deshecha tormenta que no le permitía avanzar con la precipitación que hubiera deseado, sin que por eso buscara abrigo ni suspendiese su marcha, deseoso de alejarse cuanto antes del maldito pantano.

Al anoecer llegó á una pequeña y miserable choza campestre, tan vieja y arruinada, que no sabiendo por qué lado caerse se mantenía en pié. El viento soplabá con tal fuerza al rededor del fugitivo, que para no caer derribado le fué preciso resguardarse el abrigo de la choza. Notó que á la puerta le faltaban los goznes, y viendo una abertura, se coló dentro de la habitación. Vivía en aquella choza una vieja con su gato y una gallina. El gato á quien llamaba *hijo mío*, sabía arquear el lomo y hacer *ron, ron*, como también se daba buenas trazas en enfurruñarse y echar chispas siempre que en la obscuridad le acariciaban á contrapelo. En cuanto á la gallina tenía muy cortas las piernas: pero ponía huevos excelentes y la buena mujer la quería como á una hija.

Hasta el amanecer no notaron la presencia del intruso, y el gato empezó á gruñir y la gallina á cacarear.

—¿Qué tenemos? preguntó la vieja mirando á su alrededor. Y al ver al fugitivo acurrucado en un rincón, lo tomó por hembra, y exclamó:—¡Qué suerte! Voy á tener huevos de pato, y los haré empollar.

Con esta idea prodigó finas atenciones al recién llegado, le alimentó bien, y fueron aquellos los primeros momentos felices de su vida. Pero después de tres semanas, cuando notó la mujer que los huevos no venían, volvieron á empezar las tribulaciones para el pobre pato.

La gallina era la señora de la casa ó poco menos, y al hablar, decía siempre *nosotros y los otros*, entendiéndose por nosotros ella, la vieja y el gato, y por los otros el resto del universo que en su concepto estaba muy por debajo de los tres. El pato se permitió manifestar su opinión contraria, y encolerizada la gallina, le preguntó:

—¿Sabes poner huevos?

—No.

—Entonces punto en boca, que al fin y al cabo no eres nadie en este mundo.

Y el gato le preguntó á su vez:

—¿Sabes arquear el lomo, hacer *ron, ron* y echar chispas?

—No.

—Entonces ¿con qué derecho quieres tener opinión propia? Conténtate con escuchar á las gentes razonables y no chistes.

Y el pobre patito no tuvo más remedio que callarse, acurrucándose tristemente en un rincón. Volvía á ser desgraciado.



Pero un aire fresco y la luz del sol penetraron en la habitación y sintiendo irresistibles deseos de nadar, lo consultó con la gallina.

—Efecto de la ociosidad, dijo ésta con desdén: naturalmente, como nada tienes que hacer te asaltan esas ideas estafalarias. Ya verás, pon huevos ó haz *ron, ron*, y te pasarán.

—Es sin embargo tan agradable tirarse al agua, sumergir en ella la cabeza y zambullirse hasta el fondo!

—Yo creo, repuso la gallina, que has perdido el juicio. Anda, pregunta al gato, que es el ser más razonable que conozco, si á él le gusta eso de meterse en el agua. Y no he de decirte lo que yo opino sobre este particular. Pregúntalo además á nuestra ama; nadie tiene más experiencia, pregúntale y te dirá si le vendría bien eso de chapuzar en el agua todo el día.

—Veo que no me comprendéis, se atrevió á balbucear el pato.

—¿Que no te comprendo? Pues qué, ¿te has figurado ser más sabio que el gato y nuestra ama? Y cuenta, que no quiero hablar de mí. Vaya, muchacho, repórtate y no seas vanidoso; si no procuras aplacar tu orgullo, Dios te abandonará. Recuerda que Dios te ha traído á una casa bien abrigada, y que gozas de una compañía de la cual podrías sacar gran partido para instruirte un poco. Yo, por mi parte, me ofrezco á pulir tu inteligencia, pues te quiero bien, y si te canto verdades algún tanto amargas, es porque en eso precisamente se conocen los buenos amigos. En el mundo no cabe hacer más que dos cosas de provecho: poner huevos ó hacer *ron, ron*. Procura aprender cualquiera de las dos.

—Creo que lo mejor será que me vaya á dar una vuelta por el mundo, para despabilarme un poco.

—En efecto, un viaje no te sentará mal, pues veo que eres muy palurdo.

—Y el patito se fué, llegando á un pantano solitario, por donde se dió á nadar á su sabor, yendo y volviendo, zambulléndose y remojándose y procurando olvidar en estos ejercicios las impertinencias de la gallina.

Vino el Otoño: las hojas de los árboles se pusieron amarillas, se secaron y el viento se las llevó formando con ellas remolinos en el aire. Llegó el invierno; espesas nubes preñadas de nieve tapaban el sol, y bandadas de cuervos acosados por el frío graznaban cruzando el espacio. Así, con un tiempo tan malo, pasó el pato enormes tribulaciones.

Una tarde tuvo, no obstante, un momento de felicidad. Había hecho un día magnífico: el sol tocaba á su ocaso envuelto entre soberbios arreboles de un color rojo incandescente. De súbito pasó una bandada de aves grandes y soberbias: eran de una blancura deslumbradora, tenían el cuello largo y flexible y lo doblaban graciosamente. Eran cisnes. Exhalaban un grito especial, desplegaron sus anchas alas y tomaron vuelo hacia los países cálidos del Mediodía. Iban remontando el espacio, subiéndose siempre, y el patito feo experimentaba al verlos una sensación desconocida. Se revolvió en el agua, extendió el cuello hacia los viajeros y arrojó un grito tan singular, tan penetrante, que se dió miedo á sí mismo.

¡Oh! ¡Cómo quería á aquellas hermosas aves, sin conocerlas, ni saber siquiera á donde se dirigían! Cuán-

do las perdió de vista, poseído de una extraña agitación, se sumergió hasta el fondo del agua, y si bien reapareció de nuevo á la superficie, notó que nunca había estado tan conmovido como en aquellos momentos. ¡Cómo las admiraba! Y sin embargo no sentía el menor asomo de envidia. El pobrecito que se habría dado por dichoso si los patos hubiesen querido tolerarle en su compañía, tenía por la más repugnante de las criaturas.

Y el invierno era cada vez más crudo, iban helándose los estanques y el pato nadaba sin cesar y agitaba sus remos de día y de noche, para evitar que el hielo se cuajase á su alrededor; pero á pesar de su incansante trabajo, el círculo en que se agitaba iba cerrándose cada vez más, hasta que por fin una noche, rendido de fatiga, se entorpecieron sus miembros y se quedó pegado en el hielo.

A la mañana siguiente pasaba un campesino por la orilla, vió en aquel estado, rompió el hielo golpeándolo con los zuecos, y se llevó el pato á su casa entregándolo á su mujer. El calor le volvió á la vida. Los niños quisieron jugar con él; pero receloso al recuerdo de las injurias de que había sido objeto, se figuró que iban á maltratarle, y huyendo despavorido, cayó en un caldero de leche, derribándolo. La mujer enfurecida, cogió las tenazas y el pato corriendo de un lado á otro se metió en un barril de harina levantando nubes de polvo, con lo que se prolongó la escena largo rato. La mujer y los niños riendo y gritando le acosaban por todos lados, hasta que una ráfaga de viento abrió la puerta y el pobre animal pudo escabullirse y ocultarse en unos haces de ramaje.

Sería muy triste contar todas las miserias y trabajos que tuvo que soportar durante aquel crudo invierno. Pero reapareció el sol, cantó la alondra y brilló la primavera tan hermosa, cuanto el invierno había sido horrible.

En tanto el pato había crecido mucho: sus alas eran robustas, y sin darse cuenta, un día se elevó en los aires, alcanzando una altura que nunca había imaginado. Después de surcar el espacio á su sabor, bajó á tierra y se encontró en medio de un hermoso parque, lleno de sauces y oxiantos floridos. Por entre flores y arbustos serpenteaba un límpido arroyo que iba á desembocar en un grandioso estanque rodeado de césped. ¡Qué bello era aquel sitio, con sus umbrías frescas y regaladas! De pronto el pato vió tres hermosos cisnes mecidiéndose en el lago. ¡Qué soberbias aves! ¡Y con qué rapidez surcaban el agua, en tanto que el céfiro hinchaba sus alas desplegadas, como las velas de un buque!

Al verles, el pato se sintió dominado por dulce melancolía, y se dijo:

—No hay más, quiero ir con ellos, con esas aves regias, quiero admirarles de cerca, sé que me matarán y razón les sobra: feo como soy, no tengo derecho á acercarme. Pero me es igual: prefiero morir á sus golpes, que verme maltratado por los patos mis hermanos, menospreciado por las gallinas, rechazado por todo el mundo.

Y echando pecho al agua púsose á nadar corriendo al encuentro de los cisnes, y éstos por su parte, en cuanto le vieron, se precipitaron hacia él batiendo las alas.

—Ya sé que vais á matarme, dijo el pobre animal, é inclinó la cabeza hacia la superficie del agua, esperando la muerte. ¿Pero qué vió en el espejo que formaba el agua transparente? Su propia imagen, que ya no era como antes la de un ave mal conformada, de un color sucio, fea y repugnante, sino la de un precioso cisne. ¿Qué importa haber sido empollado por un pato, habiendo salido de un huevo de cisne? Al fin y al cabo la raza prevalece siempre y un día ú otro se revela.

Lejos de sentir el joven cisne sus antiguas penas y desventuras, por el contrario, contribuyeron éstas á hacerle más sabrosa la felicidad que le había cabido, sobre todo al ver á los cisnes que le rodeaban con solícito interés y le acariciaban blandamente con sus picos.

Algunos niños se acercaron al estanque á echar pan y verdura á los cisnes, y el más pequeño gritó:

—Hay otro nuevo.

—Sí, sí es, verdad, exclamaron los demás, saltando y dando palmadas de contento. Después corrieron á llevar la noticia á sus padres y volvieron al estanque trayendo pasteles y otras golosinas para obsequiar al recién llegado. —¡Qué guapo es! ¡qué gallardo! ¡qué gracioso! ¡es el más bonito!

El cisne se sentía confuso y avergonzado, y en vez de pavonearse lleno de soberbia como tantos que se elevan desde la nada, ocultó la cabeza bajo el ala, pensando en las crueles é inicuas persecuciones que había tenido que sufrir antes de oírse llamar la más hermosa de aquellas magníficas aves. ¡Oh! ¡Y pensar que iba á reinar con ellas en aquel encantador estanque rodeado de deliciosos bosquecillos! Irguió su cuello gracioso y flexible, levantó sus alas, por entre las cuales zumbó la brisa y se deslizó con elegante abandono por la superficie de las aguas, exclamando interiormente, lleno de alegría:

—¡Cómo podía imaginar tanta felicidad, ni aun en sueños, en aquellos tiempos en que no era más que el pobre patito feo! —ANDERSEN.



LA MALDICION DE JOB.

(PARA "EL MUNDO ILUSTRADO.")

Tarde tempestuosa. Las nubes negras y aglomeradas cruzan pausadamente el espacio... El viento gime arrastrando las hojas secas. Los relámpagos brillan sin interrupción.

JOB, sentado en un estercolero, apoya su cabeza en una mano y permanece inmóvil, hundido en meditación profunda. Se ve en el horizonte aparecer una nube más sombría. Se aproxima con rapidez á la tierra: estalla un rayo; la nube se rompe y de su seno sale Satanás que se mantiene á alguna distancia de JOB, mudo y fijos en él los ojos.

JOB

¿Quién eres tú que así, triste y sombrío mudo me ves? Tu rostro me es extraño: no detengas tu planta al lado mío, hay junto á mí pavor, y luto, y frío; sigue adelante, vé.

SATANAS.

No temo el daño.

JOB.

¿Tú no temes el daño? ¿Acaso moras en cómoda mansión? ¿A los excesos te entregas del placer? ¡Varón, ignoras qué eternas y sombrías son las horas para el que sufre, como yo he sufrido, ¡y he de sufrir aún! dolores de esos que el espíritu agobian. No has sentido el barro de tu cuerpo, corrompido, desprenderse á pedazos de tus huesos!

(Breve pausa. Satanás sonríe irónicamente y avanza hacia Job.)

Tú no has visto tal vez, tu humano orgullo abatirse y caer, como la espiga que guarda el grano de oro en el capullo, que se mece gentil, que á otras se liga, que eterno juzga el cariñoso arrullo del manso viento que al besarla canta, y cuando más se yergue y más se eleva trocar se mira donosura tanta en vil despojo que el turbión se lleva!... ¡Sigue, señor, tu ruta; yo no puedo lavar tus plantas y ofrecerte abrigo! todos huyen de mí; sólo asco y miedo infunde mi desgracia...!

SATANAS.

Soy tu amigo.

JOB.

¡Mi amigo tú!

SATANAS.

De todo el que suspira.

JOB.

¿Y tu nombre cuál es?

SATANAS.

Lláname hermano.

JOB.

(Contemplándolo atentamente.)
Mucho de triste en tí también se mira,
¿es que Dios te ha dejado de su mano?

SATANAS.

¿Qué te importa, si vengo á consolarte?

JOB.

Es siniestra tu voz, aunque es sentida;
me parece que escucho al escucharte
la queja de la rama que se parte
y al suelo viene, por el rayo herida.
Tú sufres ¿es verdad? Es tu hermosura
sombria como noche sin estrellas
y hay no sé qué misterio y qué pavora
en torno de tu sér. ¿También la altura
lanzó su maldición tras de tus huellas?



No me digas que no: mal en tus ojos
el llanto amargo del dolor se estanca
y es tu acento negando tus enojos
queja que horrible malestar arranca...
¿De dónde vienes?—Dílo.

SATANAS.

Yo la tierra
recorro sin cesar. De lejos vengo.
Donde hay desolación ó peste ó guerra,
donde la dulce paz sus puertas cierra,
allí busco el descanso y me detengo.

JOB.

¿Pero quién eres tú?

SATANAS.

Soy el que pudo
hacer del hombre la ventura un día;
soy el que ha sucumbido al golpe rudo
de la más execrable tiranía.

Soy victima de aquél que sus rencores
ha ocultado traidor tras la careta
hipócrita del bien, y á mil dolores
tiene á la triste humanidad sujeta!

JOB.

¡Espíritu maldito!

SATANAS.

¡Calla necio!
¿Maldito yo que consolarte ansío?

JOB.

¡Aléjate de mí!

SATANAS.

¡De un siervo mío
jamás pagué el amor con el desprecio!
Jamás, mortal, entiéndelo, mi mano
te abandonara en manos del destino
si fuera yo tu Dios; pero el tirano,
el que infundió en tu ser ese mezquino
soplo de vida; el que permite ahora
que te encarnezca y burle el orbe entero

¿con qué premia tu amor?... ¡Imbécil! ¡llora!
¡llora sobre tu inundo estercolero!

(Pausa. Después prosigue con voz conmovida.)

Ayer, todo era encanto, todo calma;
en venturoso hogar, vejez tranquila;
y para ver al mundo, en paz el alma
se asomaba risueña á tu pupila.

Pastaban en las vegas tus rebaños;
rebosaban semillas tus graneros,
y unos tras otros, rápidos los años
pasaron á tu lado placenteros.

Nunca negaste el bien; jamás hiciste
puerta en tu casa con umbral estrecho,
y halló siempre el viajero, errante y triste,
pan en tu mesa y en tu alcoba lecho.

JOB.

(Sollozando.)

No te quiero escuchar, Vete; ¡me llenas
de desesperación en mi agonía!

Mal haces ¡ay! en aumentar mis penas
recordándome el tiempo en que serenas
fueron las horas de la vida mía!

Déjame en esta noche de dolores
soñar con el arcángel del olvido;
¡á qué hablarle de pájaros y flores
al viejo tronco, por el rayo hendido!

SATANAS.

(Avanzando un paso é inclinándose hacia Job.)

Siempre, cuando en Levante el sol lucía,
ó cuando estaba en el Ocaso oculto,
al Dios que tu existencia bendecía
rendiste humilde, reverente culto.
¿Por qué el Señor, de tí, quitó los ojos,
que tuvo tantos años en tí fijos?
¿Por qué trocó tus rosas en abrojos
y arrojó ante tu paso los despojos
inertes y sangrientos de tus hijos?
¿Es esa de tu Dios la bondad suma,
y ese el amor que en bendecir te empeñas?...
.....

¡Más que sus dones, Job, dura la espuma
que deja el mar sobre las toscas peñas!

JOB.

¡Yo espero en el Señor!

SATANAS.

(Con ironía.)

¿También ahora?
¿No es acaso el Señor quien te ha abatido?

JOB.

Sé que tiende su mano bienhechora
al justo que cayó y al oprimido.

SATANAS.

¡Obcecado serás mientras alientes!
El te da el mal, yo el bien. ¿Vienes?

JOB.

¡No puedo!
¡Adoro á Dios y lo bendigo!

SATANAS.

¡Mientes!

¡Es esa adoración flaqueza y miedo!
Te entregas maniatado á tu verdugo
porque altanero y sin piedad te hiere:
no eres tú el solo ser que innoble yugo
al dulce y blando bienestar prefiere.

No eres tú nada más quien hace alarde
de una piedad fingida y embustera;
no eres tú nada más, ruín y cobarde:
¡Es como tú la humanidad entera!

(Retorna en las alturas un trueno y Job se postra hundiéndose la frente en el estiércol. Satanás, erguido y con los brazos cruzados, prosigue, después de lanzar una carcajada.)

¡Coloca, Job, coloca en la balanza
tus malas obras y tus obras buenas,
y dime si á tu espíritu no alcanza
que hay más seres que entenan tu alabanza,
que rayos tiene el sol y el mar arenas!

En vano fuiste justo y fuiste bueno,
que después de hacer bien y vivir tanto;
cuando te hallabas de confianza lleno,
comiste pan y saboreaste cieno,
bebiste vino y lo amargó tu llanto!

¿Qué hay en torno de tí? ¡Sólo tristeza!
¿dónde están tu mujer y tus amigos?
¡Los testigos ayer de tu grandeza
no serán hoy de tu dolor testigos!

(Job lanza un gemido)

¡Varón, ese gemido es vana queja!
¿quién te ha de consolar si á nadie alhagas?
¡demasiado hará el hombre si te deja
al pasar por aquí, la inmundada teja
con que rascas la podre de tus llagas!

JOB.

¿Por qué prosigues? Tedio de la vida doblega mi alma, y en su angustia horrible, de cada úlcera abierta y corrompida hace un oído en que entra fermentida llena de hiel, tu frase aborrecible.

SATANAS.

Te engañas á tí mismo. Si me escuchas ávidamente es, Job, que á tu despecho mi frase, no de hiel, de verdad llena, penetrando en el fondo de tu pecho, como el rayo al caer, alumbraba y truena.

JOB.

¡Déjame!

SATANAS.

¡Bien! Vendrán, cuando me vaya, á verte algunos, nunca á consolarte; si les hiciste un bien, que no te asombre, que así como el terral borra la raya que hace el necio en la arena de la playa, borra el recuerdo en su memoria el hombre.

Tú les verás callados y sombríos sentarse junto á tí y el ojo alerta, fingiendo compasión, observar fríos á los gusanos que abrirán impíos lívidos surcos en tu carne muerta!

Y si llegan á hablarte, si sus labios abren paso á su voz, ronca y adusta, será nomás para inferirte agravios, quizás juzgando tu miseria justa.

¡Así es la humanidad! Para el vencido no hay piedad, ni consuelo, ni ternura. ¡Suenan mal los lamentos al oído del que ignora lo que es la desventura!

Y entonces, bajo el peso formidable de una invencible angustia, á tu infinito dolor, cediendo al fin, en tu ansia loca saldrá vibrando pavoroso grito del antro negro de tu abierta boca!

¡Maldecirás á Dios!

JOB.

¡Nunca!

SATANAS.

En tí miro fundirse á toda la caterva humana, que la misma serpiente de la duda que hoy á tu pobre corazón se anuda en todo pecho anidará mañana!

JOB.

Yo no dudo, yo creo, mis pupilas con la luz del señor ansioso lleno.

SATANAS.

Mientes, Job, tú no crees, dudas, vacilas y estás pensando que tu Dios no es bueno! ¿Por qué te hieres así? ¡Cobarde! niegas lo que leyendo estoy en tú mirada; ¡oh, Job! contigo mismo en vano bregas; ¡rebelate una vez! ¿Por qué así entregas desnudo el cuello á tan injusta espada?

JOB.

¡Déjame en paz morir! ¡Déjame, digo!

SATANAS.

Siempre cobarde y vil.

JOB.

¡Vete!

SATANAS.

Me alejo....

¡Pronto me invocarás!

JOB.

espíritu del mal!

SATANAS.

Imbécil viejo!

Sopla huracanado el viento, y en tanto que Job se cubre el rostro con las manos, Satanás lentamente, muy lentamente, se eleva y se desvanece como un vapor en los aires.

Cae la noche. Entre las sombras se ven brillar fosforescentes dos pupilas que clavan siempre su pupila en Job.

Eliphaz, Baldad y Sophar aparecen á lo lejos, avanzan hacia el estercolero, y mudos se sientan junto al leproso.

Y pasan siete días y siete noches y no dirigen una palabra á Job.

Job los observa silencioso y crece su angustia y no escucha una voz que le consuele y anime, y piensa en Satanás.

Después de esto abrió Job su boca y maldijo su día y habló;

¡Perezca el día en que nací, perezca! Que ya nunca su sol al mundo alumbré; y quiera Dios que oculta permanezca en densa obscuridad su clara lumbre.

Que sea envuelto en mares de amargura como hoy envuelta está la vida mía, que el cielo, horror, tinieblas y pavora arroje sobre tí, maldito día.

Y maldita también, maldita sea la noche que en un vientre concebido

fuí por mi mal; que siempre la posea y la atreune el turbión con su rugido.

Que su fría tiniebla entenebrezca, al astro que en su cielo reverbere, que en su levante el alba no aparezca; que ansie ver su luz y en vano espere.

Que en ella, peste y malestar profundo bramando deje cuando pase el austro, ya que cerrar no quiso cuando al mundo vine, las puertas del materno claustro.

¡Miserable de mí! que mis mejillas dos raudales de hiel surquen deshechos; ¿Por qué fuí recibido en las rodillas? ¿Por qué me dieron de mamar los pechos? ¿Me han dejado vivir para que encuentre en mi vejez dolores y miseria? ¿Por qué no hicieron del materno vientre eterna tumba á mi infeliz materia? ¡Maldito, sí, maldito....

(Se oye en los aires, confundida con el aullido del viento, una carcajada.)

¡Qué! ¿quién rié?

¡Eres tú, Satanás! Pavor y frío me causa tu reír. ¿No hay quien me guíe en esta senda de dolor?

SATANAS.

(Invisible.)

¡Ingrato!



JOB.

Tú no, jamás, jamás angel sombrío!

(Postrándose.)

¡Señor, Señor, tu voluntad acato!

¡ten compasión de mí! ¡Piedad, Dios mío!

JOSE PEON DEL VALLE.



Marzo le había traído á Biasco el mal de amor. Hacía dos ó tres noches que no dormía; sentía en todo el cuerpo hormigueos, ardores, picaduras, como si de un momento á otro fueran á brotar de su piel, botones, reñones y ramilletes de rosas silvestres. Hasta el fondo de su desván entraba, quién sabe por dónde, un olor nuevo, un olor fresco y acre de savias en trabajo, de zarzales verdes y de almendros en flor.

¡Por Santa Bárbara protectora! la última vez que

había visto á Zolfin, estaba apoyada en un almendro, contemplando las olas de una barca en alta mar; sobre su cabeza cuchicheaba al sol una gran alegría de blancura embalsamada; á su alrededor se extendía la floración azul de una ola de lino, en sus ojos había dos hermosas pervincas abiertas, y sin duda había también flores en su corazón.

Sobre su camastro, Biasco, enloquecido, pensaba en toda aquella luz, en todo aquel desbordamiento de vida primaveral. Y allá abajo, la lejana línea del Adriático se iluminaba ya con las primeras miradas tímidas del alba, cuando se levantó y trepó por la es-

calera de madera hasta los nidos de golondrinas, en la cúpula del campanario.

En el aire flotaban voces confusas y extrañas, como jadeos fugitivos, como respiraciones de hojas, como susurros de ramas verdes, como rumor de alas. Las casas como acurrucadas dormían aún. La llanura todavía estaba soñolienta, bajo su cortinaje de neblinas leves; aquí y allá, en este inmenso lago estancado, se balanceaban los árboles con la brisa; en el fondo, las colinas violadas se escalonaban en tonos muy suaves, fundidas en el horizonte plomizo. Enfrente estaba el mar, espejeante como una lámina de acero, con no sé qué velo obscuro en la penumbra, y luego, sobre el

conjunto, la fresca y diáfana serenidad del firmamento, donde palidecían una á una las estrellas.

Las tres campanas inmóviles, con sus huecos vientres de bronce adornado de arabescos, esperaban que el brazo de Biasco lanzase sus triunfales vibraciones, en el ámbito de la mañana.

Y Biasco tomó las cuerdas. Al primer impulso, la campana más grande, la Loba, sintió un profundo estremecimiento; su ancha boca se dilató, estrechóse, y se dilató de nuevo; una gran ola de sonidos metálicos, seguida de una especie de mugido prolongado se estrelló sobre todos los techos y se propagó con el viento, por toda la llanura y por toda la ribera. Y las vibraciones se precipitaban, se precipitaban; el bronce se animaba, como un monstruo loco de cólera ó de amor; oscilaba espantosamente á izquierda y derecha, mostrando su boca á los dos vanos, lanzando dos notas amplias y profundas ligadas por un gruñido incesante, quebrando el ritmo, acelerando el movimiento hasta fundirse en una convulsión de armonía cristalina, derramándose con solemnidad en el espacio. Abajo las olas de los sonidos y las olas crecientes de la luz ahuyentaban el sueño de los campos. Las brumas se elevaban como humaredas, se doraban y se disolvían suavemente en la claridad matinal; las colinas tomaban un color de cobre. Y repentinamente surgía otro timbre sonoro: el repique de la Estriga; agrio, ronco, cascado, como un ladrido rabioso al aullido de una fiera. Y luego, seguía el martilleo rápido de la Cantadora, un martilleo alegre, límpido, ágil, obstinado, como un aguacero de granizo sobre una cúpula de cristal. Y seguían surgiendo los ecos lejanos de los otros campanarios que despertaban: allá lejos, el campanario de San Roque, rojizo, acurrucado entre las encinas; el de Santa Teresa, como un enorme pan de azúcar agujereado; el de San Francisco; el campanario del convento... diez, quince bocas metálicas que derramaban por los campos las variaciones sanas y alegres del himno dominical, en un triunfo de luz.

Biasco se enloquecía con este estruendo. Había que ver al muchacho flacucho y nervioso, con su gran cicatriz rojiza en la frente, agitar los brazos jadeando, agarrarse á las cuerdas como un mono, hacerse levantar por la fuerza irresistible de su querida Loba, y trepar hasta la Cantadora, dando los últimos toques entre las convulsiones de los otros dos monstruos domados.

Allá arriba era rey. Las tupidas hiedras escalaban el tupido muro descascarado en un arranque de juventud; se enredaban á las vigas del techo como á un tronco vivo; revestían los ladrillos bermejos de una tapicería de hojas coriáceas, relucientes como laminillas esmaltadas; escurrían de los anchos aleros como una pululación de menudos reptiles; asaltaban el techo alegrado por los nidos, nidos viejos y recientes, llenos con los gorgoros de las golondrinas en celo. Se tenía por loco al pobre Biasco, pero allá arriba era rey y poeta. Cuando el cielo sereno se acombaba sobre el campo florecido, cuando el Adriático se cubría de vivos reflejos y velos anaranjados, cuando el trabajo hormigueaba en las calles, permanecía él en la cima de su campanario como un halcón salvaje, sin hacer nada, con el oído aplicado al flanco de la Loba, la fiera terrible y soberbia que una tarde le había hendido la frente, y de tiempo en tiempo la golpeaba con los nudillos de la mano para escuchar sus largas y deliciosas vibraciones. Cerca de él la Cantadora relucía como una joya, con su falda de arabescos y de signos, con la imagen de San Antonio en relieve; y más lejos, la Estriga mostraba sus labios carcomidos y su viejo vientre surcado á todo lo largo por una rajadura.

¡Cuántos sueños bajo aquellas tres campanas! ¡qué revolver de ilusiones extrañas! ¡qué arranques líricos de pasión y de deseos! Y, ¡cuán bella y gentil era la imagen de Zolfina emergiendo de este mar de ondas sonoras en los inflamados mediodías ó desvaneciéndose en los crepúsculos, cuando la Loba tomaba su aire de cansada melancolía, y amortiguaba su repique hasta morir de languidez!

En una siesta de Abril se encontraron en el prado, tras los nogales de la Monna, bajo un cielo de ópalo en el Zenit, con manchas violadas en el poniente. Zolfina cantaba á media voz segando yerba para la vaca preñada. El perfume de la primavera la embriagaba, causándole vértigos, como el vapor del vino dulce en Octubre. Cuando se inclinaba, su zagalejo le rozaba ligeramente la carne desnuda como una caricia, y el placer la hacía entrecerrar los ojos.

Biasco se acercaba contoneándose, con la gorra levantada y un ramillete de claveles en la oreja. No era Biasco un feo mozo; tenía los ojos grandes, negros, empapados de una tristeza salvaje, de una especie de nostalgia, ojos que recordaban los de las fieras cautivas; y además, tenía en la voz un encanto, algo de profundo que no parecía humano; no conocía ni modulaciones, ni flexibilidades, ni morbideces: allá arriba en compañía de sus campanas, al aire libre, en plena luz, en la gran soledad, había aprendido un lenguaje lleno de sonoridades, de notas metálicas, de asperezas imprevistas, de profundidades guturales.

—¿Qué haces, Zolfina?

—Junto heno para la vaca del padre Miguel, res-



pondió la rubia muchacha que con el seno palpitante seguía inclinada amontonando yerba.

—¿Qué aroma! ¿lo percibes Zolfina? Yo estaba en la cúpula del campanario, mirando las barcas que empuja en el mar el viento griego, y tu pasabas abajo, cantando, cantando "Flor de yerbecilla"

Se detuvo, porque sintió súbitamente anudársele la garganta. Y ambos guardaron silencio, escuchando el rumor grave de los nogales y el murmullo de la mar lejana.

Biasco, palideciendo, había acabado por inclinarse también sobre la yerba, y entre aquella voluptuosa fresca vegetal, sus manos ávidas buscaban las manos de Zolfina, enrojecida como una brasa.

—¿Quieres que te ayude? le dijo bruscamente.

Dos grandes y hermosas lagartijas enamoradas atravesaron el prado como dos flechas y desaparecieron entre las breñas del seto.

Biasco la asió del puño.

—Déjame, murmuró la pobre moza con voz desfallecida. Déjame, Biasco.

Después se oprimió contra él, se dejó besar, le devolvió sus besos, y decía:—!No, no! tendiéndole sus labios, dos labios rojos y jugosos como bayas de cerezo.

El amor crecía con el heno, y el heno subía, subía como una ola, y en medio de esta marea verde, Zolfina, erguida, con una mascada roja anudada en las sienas, tenía el aspecto de una espléndida amapola lujuriosa. Qué alegría de ritornellos en las bajas hileras de los manzanos y de los morales blancos, á lo largo de los breñales cargados de nísperos y de madre-

selvas, en los campos amarillos de coles en flor, mientras allá á lo lejos, la Cantadora ensayaba variaciones tan alegres que se la hubiera tomado por un pájaro enamorado.

Pero una mañana que Biasco esperaba en la fuente con un hermoso ramillete de alelíes frescamente cortados, no vino Zolfina. Estaba en cama, enferma de viruela negra.

¡Pobre Biasco! cuando lo supo, sintió que su sangre se helaba, y se tambaleó más fuerte que la tarde en que la Loba le hendió la frente. Y no obstante, en aquella algazara del Domingo de Ramos, en una alegría insultante de sol, de ramas de olivo, de telas vistosas, de nubes de incienso, de canciones y de plegarias, tuvo que subir al campanario y despedazarse los brazos tirando de las cuerdas, mientras su pobre Zolfina sufría Dios sabe qué torturas. ¡Virgen bendita, Dios sabe qué torturas!

Pasó días terribles. Al oscurecer, Biasco rondaba la casa de la enferma, como un chacal un cementerio; deteníase á veces bajo la ventana cerrada, iluminada

por dentro, y con los ojos hinchados de lágrimas, prestando atención miraba pasar sombras detrás de las vidrieras, comprimiendo con la mano su pecho estrujado por la sofocación. Luego continuaba rondando como un loco ó corría á refugiarse á su desván. Allí pasaba las largas horas de la noche cerca de las campanas inmóviles, aterrado por la angustia inmensa, más lívido que un cadáver. Bajo él, en las calles inundadas de luna y desilencio, nada, ni un alma viviente; delante, el mar triste y rizado que se estrellaba con un rumor monótono contra las playas desiertas; y arriba, el implacable azul.

Y allá á lo lejos, bajo el techo que se divisaba apenas, estaba Zolfina agonizando, tendida sobre su lecho, muda, siempre muda, con surcos gurmosos de materias purulentas en el rostro ennegrecido, en tanto que la lámpara palidecía en la blancura crepuscular, y el cuchicheo de las oraciones estallaba en medio de una explosión de sollozos. Dos ó tres veces levantó trabajosamente su cabeza rubia, como queriendo hablar, pero las palabras se detenían en su garganta, le faltaba aire y la abandonaba la luz. Movió los labios con estertores ahogados, como un cordero degollado y se heló después.

Biasco fué á ver á su pobre muerta. Atontado, con los ojos vidriosos, miró el ataúd embalsamado con flores frescas, bajo las cuales se extendía aquella podredumbre de carne joven, aquella corrupción de humores ya descompuestos bajo la nieve del lino. Miró un instante confundido entre la multitud, después salió, volvió á su desván, trepó hasta la mitad de la escalera, cogió la cuerda de la Cantadora, hizo un nudo corredizo y metiendo el cuello, se dejó caer en el vacío.

Los estremecimientos del ahorcado, hicieron entonces en medio del silencio del Viernes Santo, la Cantadora lanzase en un relámpago de luz, cinco ó seis repiques inesperados, argentinos, alegres... y una parvada de golondrinas salió volando del techo, bajo el sol.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

[Versión especial para EL MUNDO.]



Páginas de la Moda



FIG. 1—TRAJE DE VERANO.

EL JABON ES UN BUEN DESINFECTANTE.

Generalmente no es conocido que el jabón es uno de los mejores desinfectantes. Esto es verdad hablando no solamente de los jabones llamados antisépticos, sino también de los jabones ordinarios, y es particularmente cierto tratándose del jabón de potasa. El jabón ordinario de potasa, por ejemplo, así como el jabón común de lavadero, es mejor desinfectante que cualquiera de los llamados jabones antisépticos.

El Dr. Reithoffer ha hecho recientemente una serie de cuidadosas investigaciones sobre este asunto. Hizo sus experimentos con varias clases de jabón antiséptico y con jabones ordinarios. Encontró que una solución al cinco por ciento de jabón ordinario mata los microbios del cólera en cinco minutos. Si al levantarse las manos se frotan con el jabón humedecido, la fuerza de la solución de jabón es siempre más del cinco por ciento, y algunas veces más del cuarenta por ciento; de modo que este sería un método de desinfectarse las manos tocante á los gérmenes del cólera. Si los gérmenes son de la fiebre tifoidea ó el coli-bacilus, se requiere, para matarlos, una solución al menos de diez por ciento. Los gérmenes productores del pus, los cuales se encuentran siempre sobre la piel, desgraciadamente no son afectados por el jabón.

El Dr. Reithoffer concluyó de estos experimentos, que en el uso de los antisépticos es mejor usar primero el jabón solo, que mezclar el antiséptico con el jabón.

Nosotros hemos experimentado últimamente con un «jabón de alquitrán» y resultó digno de recomendarse porque no sólo es un jabón bueno y seguro sino también un antiséptico.

COMO EVITAR LA TUBERCULOSIS.

Tucker Wise M. D. en un artículo publicado en el número de Octubre del *Medical Record* resume las precauciones que deben tomarse contra la tuberculosis del modo siguiente:

1. Una alimentación abundante de alimentos azoados.
2. Buena ventilación en las habitaciones y dormitorios usándose tela de alambre en las ventanas las cuales deben tenerse abiertas.
3. Calentar convenientemente la casa en el invierno.
4. Hervir toda leche ó crema antes de usarla.
5. Tratar de dormir ocho horas cada noche; pero si no se tiene un sueño tranquilo, limitarse á siete, y reposar durante el día.



FIG. 3.—TRAJE DE CALLE INGLES.



FIG. 2.—TOILETTE DE PASEO.

6. Si os halláis débil y con mala digestión, recostaos para descansar un cuarto de hora antes y después de las comidas.
7. Usad el vestido tan amplio como sea posible especialmente al rededor de la cintura y las costillas, para proporcionar una libertad absoluta á la respiración.
8. Haced metódicamente un ejercicio diario, á pié, ó en bicicleta al aire libre.
9. Si vuestra situación ó elementos os permiten tener de cuando en cuando una vacación de un día entero, pasadlo en su mayor parte, si hace buen tiempo, en una tienda de campaña ó en una casa de campo; y si estáis desocupado entreteneos en alguna cosa que mantenga vuestro ánimo divertido.

Las nueces como artículo de dieta.

El *Popular Science News* cita del Dr. Allsly la siguiente recomendación entusiasta de las nueces como artículo de alimento.

«El alimento del hombre primitivo era exclusivamente de frutas y de nueces, mas con los progresos de la civilización fueron éstas olvidándose poco á poco como artículos de alimento hasta llegar á ser miradas como un plato secundario de uso limitado y después como un accesorio de la mesa, una especie de lujo más bien que un alimento. Las nueces no sólo son nutritivas en extremo sino de fácil digestión si se privan de las cortezas y membranas interiores.

Tienen poco ó nada de almidón, y son por esto muy propias para sustituir á otros alimentos en caso de obesidad. Ellas obligan á un grado de masticación que no se da á ninguna otra sustancia. Forman en el estómago una función de peptonización, nos sirven para impedir la formación de la bilis en exceso, y obrar como un laxante suave. Las personas que padecen de dispepsia hallarán grande alivio haciendo de las nueces una parte de su dieta diaria.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJE DE VERANO.

Es de cachemira azul formando una elegantísima túnica que cae sobre una falda avolantada en su parte inferior. Cuerpo jacquette abierto sobre una camisola de tul y con solapas doublee de satín blanco.

FIG. 2.—TOILETTE DE PASEO.

Es de sarga de seda plomo *foncé* con una gran aplicación bordada formando guías, la cual cubre todo el pecho. Falda bordada á grandes líneas bordadas paralelamente de seda.

FIG. 3.—TRAJE DE CALLE INGLES.

De cuadrillé de algodón estilo sastre, con una jacquette muy corta, muy ceñida, y muy elegantísima. Corbata de seda rosa formando un bonito moño.

FIG. 4.—BLUSA «SPORT.»

De muselina de seda á rayas lisa, con bandas alforjadas diagonalmente puestas y sobrepuesta una banda recta carrujada. Cuello de raso negro.

Otro pago de \$10,132 de «LA MUTUA»

Alamos, Estado de Sonora.

Timbres por valor de \$21.05 cs. debidamente cancelados.

He recibido de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$10,132.00 cs. oro americano así: \$10,000.00 cs. suma asegurada, y \$132.00 por dividendos vencidos y acumulados, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 220,796 bajo la cual estuvo asegurado el finado Sr. Quirino Corbalá, y para la debida constancia en nuestro carácter de albaceas de la testamentaria del finado, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Alamos, Estado de Sonora, á 21 de Marzo de 1899.

Firmados.—PAULA Q. DE CORBALA.—LAURO CORBALA.—Rúbricas.

Un timbre de 050. cs. debidamente cancelado.

El Lic. José María Moreno, Juez 1^o de 1^a Instancia del Distrito de Alamos, Estado de Sonora, República Mexicana, actuando por receptoría como Escribano Público.

Certifica y da fe: que las firmas que cubren el precedente recibo y dicen: Paula Q. de Corbalá y Mauro Corbalá, fueron puestas en mi presencia por las personas cuyo nombre expresan, que doy fe conocer personalmente y son los comparecientes que desempeñan el cargo de albaceas mancomunados de la testamentaria del Sr. D. Quirino Corbalá, cuyo juicio está radicado en el juzgado de mi cargo.

Y á solicitud de dichos albaceas, extendiendo la presente certificación en la ciudad de Alamos, á los 11 días del mes de Marzo de 1899, la que otorgo y firmo, actuando por ante testigos de asistencia.

Firmados.—LIC. JOSE M. MORENO.—A., EDUARDO MIRANDA.—A., ARTURO ULLOA.—Rúbrica.

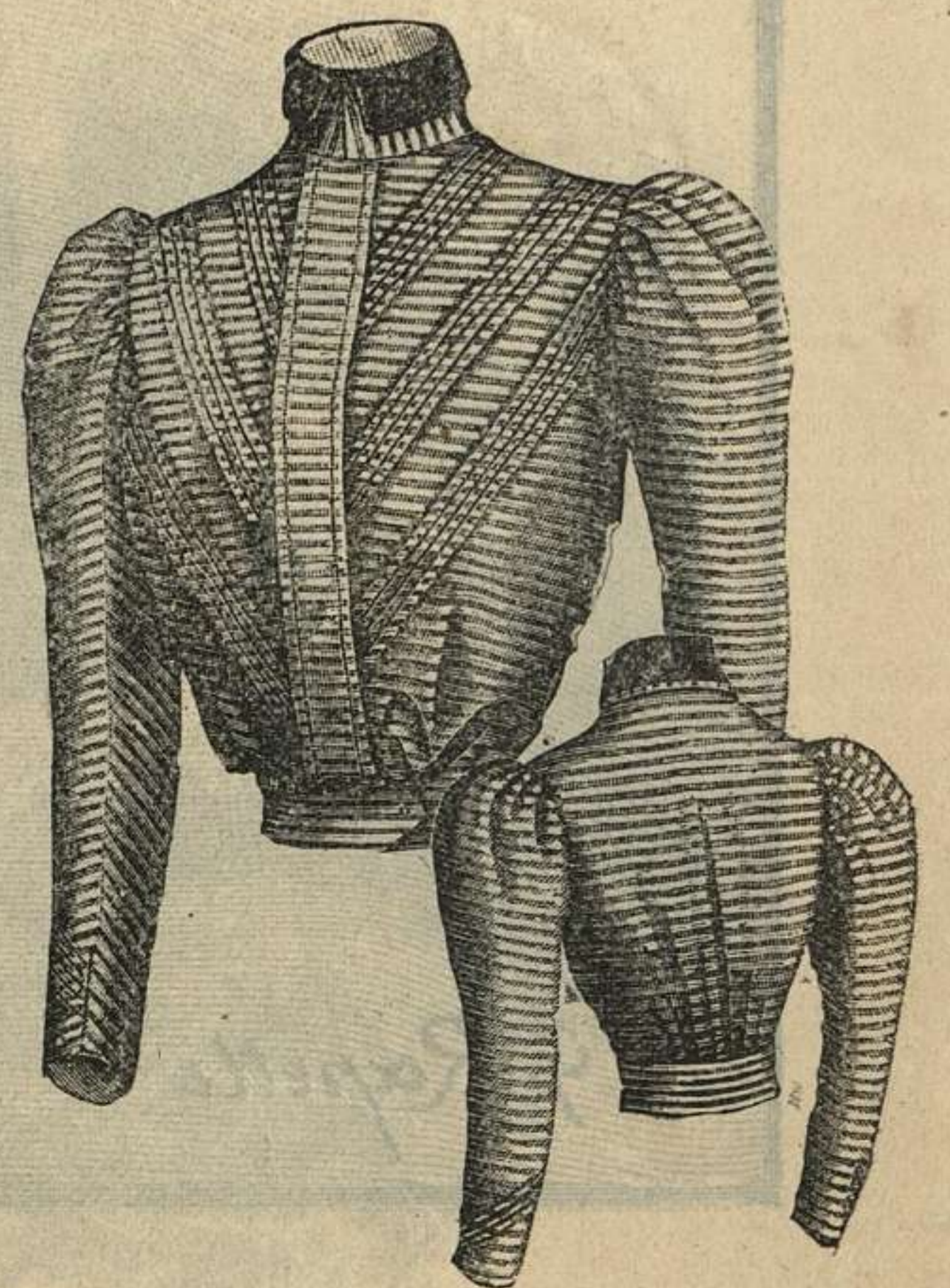


FIG. 4.—BLUSA SPORT.